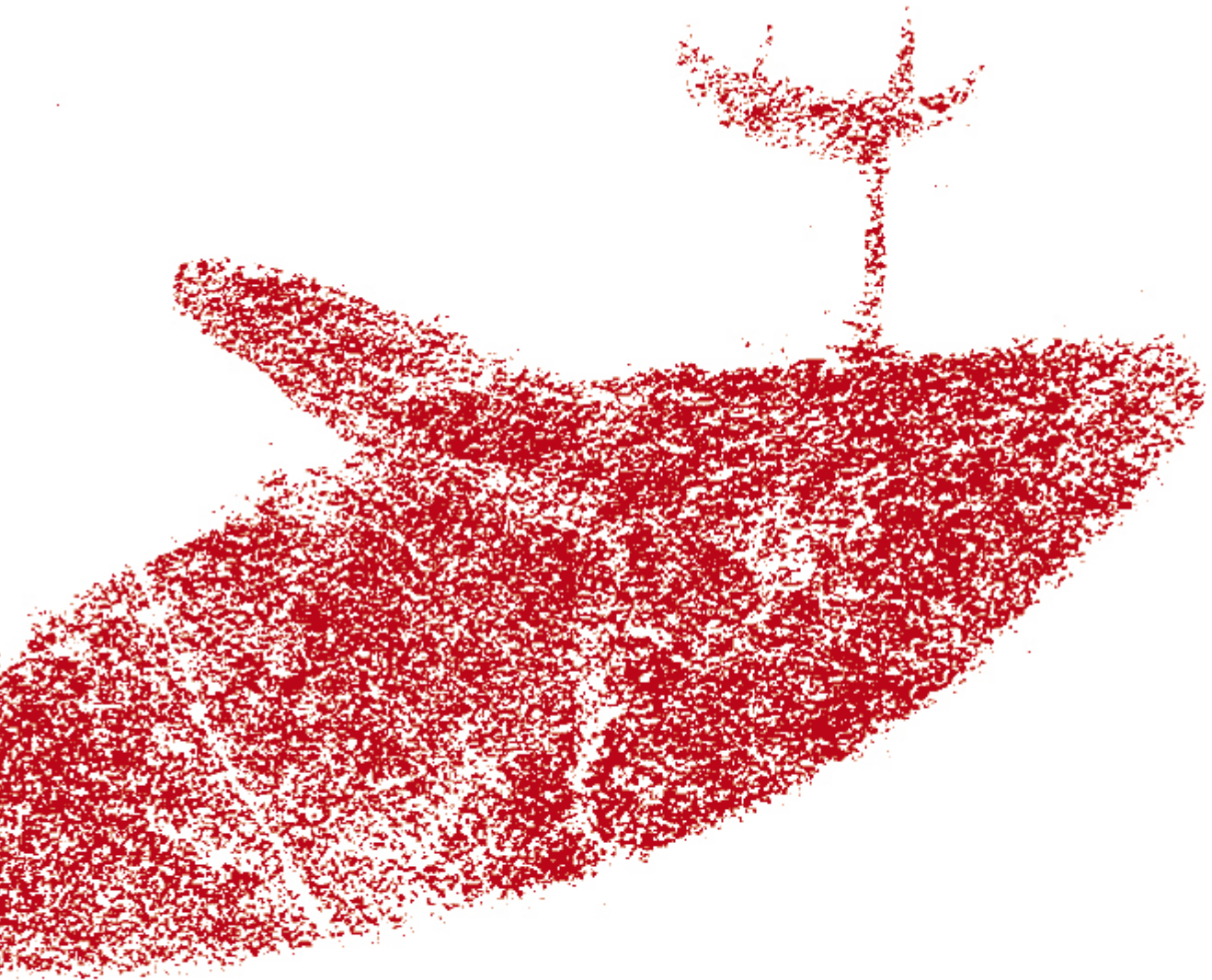


Hans NIEMEYER



La conquista del mar
Las pinturas rupestres de El Medano
en la cordillera de Tal Tal

Carta auspiciadores

Presentación

Hans Niemeyer pertenece a una generación de profesionales que, a mediados del siglo XX, contribuyeron con los fundamentos de la arqueología científica en Chile. Su condición de ingeniero hidráulico le permitió viajar por todo el territorio nacional y, consecuentemente, un acceso al más diverso registro patrimonial. Su primer escrito apareció en 1955 y fue publicado por el Museo de La Serena. En él dio a conocer sus hallazgos en varias localidades del Norte Chico y reprodujo allí las figuras de algunos sitios con grabados prehistóricos. Don Hans recordaba este artículo con cariño, pues fue su primera publicación de arte rupestre.

La obra del profesor Niemeyer es suficientemente conocida, pero no está demás volver a señalar aquí su contribución al origen de los estudios de arte rupestre, campo que es ahora ejercido por un número creciente de especialistas. En más de una ocasión me confesó lo difícil que fue para él sostener sus investigaciones en este campo, pues muchos de sus contemporáneos pensaban que era un ejercicio inútil, una pérdida de tiempo. Con seguridad sus críticos pensaban en las dificultades interpretativas, asunto que para él tenía poca importancia. Su pasión era la del naturalista.

En 1973 hizo su primera y más importante expedición a la quebrada de El Médano, en la localidad de Tal Tal. Y aunque realizó un minucioso registro de un extraordinario conjunto de pinturas, nunca tuvo la oportunidad de producir un estudio en profundidad que permitiera la difusión de sus registros. Semanas antes de su fallecimiento nos reunimos y trabajamos en el cuerpo de la presente publicación. En esas sesiones de trabajo concordamos en la imposibilidad de desarrollar un obra especializada y seleccionamos los textos. Don Hans no llegó a ver el libro que presentamos, pero con esta edición él hemos cumplido con los dictámenes de lealtad que tenemos con aquellos que fueron nuestros maestros.

Francisco Gallardo Ibáñez
Museo Chileno de Arte Precolombino



Escenas de caza marina. Registro gráfico, Hans Niemeyer.

Prólogo

Recuerdo que fue en una conferencia de Hans Niemeyer sobre estilos de arte rupestre, en 1977, cuando observé por primera vez diapositivas de las pinturas de El Médano, una remota quebrada costera de la Región de Antofagasta situada a unos 75 km al norte del puerto de Taltal. Hasta ese entonces sabía sólo de oídas de este hallazgo que nos intrigaba a todos y a lo largo de ese año o el anterior me parece haber visto reproducciones de unos pocos paneles en fascículos de la revista Expedición a Chile. Las bellas pictografías en rojo que él mostró esa tarde en Altos de Vilches superaron todas mis expectativas. Gracias a un oportuno dato del geólogo Guillermo Chong, Niemeyer había dado cuatro años antes con uno de los yacimientos de arte rupestre más notables de la costa del Pacífico sudamericano. Peces, cetáceos, tortugas y otros animales marinos aparecían solos o en grupos, a veces arponeados y arrastrados por diminutas balsas de cuero de lobo de mar, en escenas de pesca y caza colectiva en el océano más rico del planeta.

Sin embargo, la esperada monografía científica sobre estas pictografías quedó sin publicar. Por cierto, no por falta de empeño de su autor. Todos los que lo conocimos sabemos que la profundización de este estudio y la publicación de sus resultados eran para Niemeyer una obligación ineludible. De hecho, en 1985 y 1990 emprendió dos nuevas expediciones a la zona y en 2001 ganó la prestigiosa Beca Guggenheim, con la que buscaba completar la investigación y publicarla. Compromisos de trabajo más acuciantes, pericias que se alargaron demasiado, quizás ciertos cambios en sus prioridades o intereses y, sobre todo, el progresivo deterioro de su salud a partir de 2002 le impidieron concretar la tarea.

Fue una tarde de otoño de 2004 cuando Niemeyer me llamó por teléfono desde su casa en La Herradura, adonde se había ido a vivir para pasar los que serían sus últimos años. Era para contarme que quería publicar un libro acerca de estas pictografías y preguntarme si el Museo Chileno de Arte Precolombino podría hacerse cargo de la tarea editorial. Casi ciego y con su salud seriamente quebrantada, le pesaba enormemente no poder concluir esta obra. Le contesté que iba a averiguar qué podíamos hacer. (Mientras hay personas a las que pareciera que le sobran los años de vida –pensé– a Niemeyer le falta tiempo para concretar todo lo que se ha propuesto realizar.) El proyecto fue rápidamente acogido por nuestro Director, Carlos Aldunate y la responsabilidad editorial recayó en las manos expertas de Francisco Gallardo. En dos reuniones en su casa del balneario de Coquimbo, Niemeyer discutió los principales lineamientos del libro con Gallardo y le pasó los dibujos y una serie de manuscritos. Cuando este último me invitó a prologar el libro, en 2006, Niemeyer ya nos había dejado. Pedí revisar ese material para ver si me encontraba capaz de emprender la tarea. Tan pronto como leí su Crónica del Rescate sentí que no podían haberme encargado un trabajo mejor.

La Crónica me brindaba una oportunidad única de sumergirme en una semana de actividad de campo de Niemeyer. De asomarme a la forma cómo trabajaba en terreno



un investigador que se agiganta a medida que revisamos su obra y aquilatamos la magnitud de su desaparición. Su pluma nos habla de siete días de hace tres décadas y media, donde el relato emerge como testimonio imperecedero de sus bien reconocidas aptitudes como arqueólogo de campo. Captura un momento y un lugar, pero, sobre todo, una actitud al hacer arqueología y una tremenda pasión por hacerla, que es un modelo para las nuevas generaciones. En sus páginas, esa actitud y esa pasión parecen congeladas en el tiempo, como si lo que relata hubiera ocurrido recién ayer. Reflejan la energía de un hombre de 52 años, en su plenitud como profesional, pero que aún no completaba la mitad de su carrera. Estaban por delante todavía sus trabajos en El Torín, el camino inka en el despoblado de Atacama, la monografía de Camarones-14, la arqueología del valle de Copiapó, el asentamiento de Saguara y tantos otros.

Lo primero que llama la atención en esta crónica es la fecha que eligió para iniciar su viaje: 30 de octubre de 1973. A sólo 50 días del golpe militar, no dudó en subirse a un bus y trasladarse al norte para establecer campamento en El Médano. ¿Era indiferente a los trágicos acontecimientos que vivía el país? En absoluto y con los años daría buenas pruebas de ello. ¿Imprudente? Por cierto. En esos tiempos, cuando muchos de los partidarios de la Unidad Popular estaban siendo buscados por cielo, mar y tierra, era poco recomendable para cualquiera acampar en un lugar tan desolado. Es verdad que Niemeyer nunca había sido un hombre político, pero con demasiada frecuencia en esos días negros la violencia y la brutalidad precedían a las preguntas.

Lo segundo que intriga es su prisa. Chong le informa del hallazgo en agosto de 1973 y en poco más de dos meses está trabajando en el sitio. Pienso que lo movía su pasión, esa fuerza irrefrenable que empuja a un científico a perseguir un dato como si éste fuera a esfumarse de un día para otro. Es que cuando surge una pista, los arqueólogos somos a veces como sabuesos tras una presa y la pista de un sitio de arte rupestre con escenas oceánicas era entonces difícilmente desdeñable. Incluso en la actualidad, a menos que haya motivos de fuerza mayor, creo que pocos se resistirían a partir al día siguiente a documentarlo. Por otra parte, es sugerente que califique su expedición como un “rescate para la ciencia”, porque significa que en esa urgencia había implicado también un sentido de misión, la idea de llegar cuanto antes al lugar para investigarlo y darlo a conocer. Después de todo, uno de sus proyectos de vida era publicar un “Álbum de los Petroglifos de Chile” y El Médano podía ser una pieza importante en esa antología.

El desembarco en El Médano de Niemeyer y su ayudante, el joven estudiante de geología Fernando Benavides, es casi un alunizaje. El 2 de noviembre la camioneta los deja en la cabecera de la quebrada, en pleno desierto de Atacama, aproximadamente a la cota de 2.000 m sobre el nivel del mar. El compromiso es retornar a buscarlos al cabo de una semana. Sin comunicación con el exterior, salvo las noticias que le llegan a través de una radio a pilas que trajo su acompañante, Niemeyer hace gala de una confianza ciega en sus medios. En pocos minutos ponen orden en el equipaje y las provisiones, instalan el campamento en aquel yermo y se lanzan esa misma tarde quebrada abajo, no se sabe si por la ansiedad de ver las primeras pinturas, por lo apremiante del programa de trabajo o, más probablemente, por ambas cosas.

Niemeyer -hay que decirlo- fue un verdadero maestro en la descripción del entorno

físico de los sitios arqueológicos. La caracterización del setting o escenario de los sitios en sus escritos no tiene parangón en la arqueología chilena. En dos o tres pinceladas describe los tramos de la quebrada, los componentes principales del relieve, la composición de las rocas, el tipo de drenaje, los factores climáticos prevalecientes y los patrones de vegetación dominantes. Rápidamente localiza las dunas o medanales que dan el nombre a la quebrada y ubica la aguada costera que, en su concepto, explica la presencia de grupos humanos en el lugar. A ratos su crónica se vuelve más impresionista, evocando a los viajeros o naturalistas del siglo XIX. Para describir el panorama que divisa aguas abajo del campamento, por ejemplo, elabora la siguiente viñeta: “la quebrada y los cerros vecinos aparecen como suspendidos en un mar de algodones”, sumergidos en el techo de la niebla o camanchaca que caracteriza a la costa del norte de Chile. ¿Cómo no empaparse de lo desolado del lugar cuando sostiene que un alacrán y un abejorro negro “eran los únicos animales vivientes en la quebrada de El Médano Alto”? O bien, ¿cómo no desvelarse uno mismo con esa luna llena “abrasadora”, que una noche acampando a la intemperie lo mantuvo insomne hasta altas horas de la madrugada?

Nuestro autor se sorprende con cada panel o motivo de arte rupestre que encuentra. Y es comprensible; no había entonces precedentes para un hallazgo de esa importancia y magnitud. A lo largo de 5 km y 400 m de desnivel, las pictografías se suceden una tras otra por ambos lados y el lecho del accidentado cauce seco de la quebrada, siempre por encima del límite de la bruma y la vegetación costera. Muy pronto, sin embargo, la apretada agenda y el cada día más elevado número de paneles por registrar le imponen al binomio un ritmo agobiador. Se cierne sobre ellos el plazo fatal del 9 de noviembre, cuando la camioneta regresará a buscarlos y deben tener concluido el registro, en circunstancias que no saben cuántos paneles más les depara la quebrada. Confidencia en un pasaje que la noche pasó tan rápido que no les permitió recuperarse del cansancio, que deben salir más temprano y que el trabajo aumenta a medida que exploran la quebrada.

No hay concesiones a la fatiga, tampoco a las tentaciones. Señala en otro pasaje que mientras trabaja en una sección de la quebrada, su ayudante le dice que las pictografías que vienen son mejores, pero Niemeyer lo convence de que nada puede despreciarse. Ni siquiera frente a la seducción de lo que viene, se sustrae a la sistematicidad de un registro que le exige ir paso a paso, sin saltarse ni una sola unidad de pictografías por modesta que ésta sea. Es, con todo, suficientemente flexible en su planificación logística como para hacer cambios tácticos en aras de su objetivo estratégico, como cuando resuelve dejar el campamento base y montar otro provisorio a la intemperie, en el centro del sector donde trabajarán en los días venideros. “Sacrificando un poco la comodidad -explica- ahorraremos energías y ganaremos tiempo y mejores condiciones de luz para fotografiar”. Estos trabajos contra el reloj, despliegues físicos hasta el límite de las capacidades, autodisciplina metodológica y cambios sobre la marcha son de la esencia de la arqueología de campo, y en el relato de Niemeyer se hallan fielmente retratados.

Niemeyer fue uno de los pioneros en Chile en la tarea de contextualizar arqueológicamente los sitios de arte rupestre. Mediante sondeos o excavaciones en depósitos contiguos, buscaba aproximarse a la edad de estas manifestaciones y

adscribir las a desarrollos culturales concretos de una región. Por eso no es extraño que, junto con el registro de los paneles de El Médano, vaya “barriendo” el terreno en busca de restos ocupacionales. Desgraciadamente no tiene éxito en la tarea: “Aparte de las pinturas -observa- en ese reconocimiento no hallamos ningún otro resto arqueológico ni vestigios de ocupación humana”.

A pesar de la intensidad del trabajo realizado y los logros alcanzados, su frase de cierre de las faenas en la quebrada resulta en extremo lacónica: “Esa tarde estuvimos de regreso en Antofagasta, con varias decenas de rollos fotográficos tomados en este rescate y un cuaderno lleno de dibujos en rojo”. Es como si con la tarea concluida hubiera conjurado finalmente los aguijones de la urgencia que lo llevó a El Médano esa semana de 1973.

A 35 años de esa expedición, el presente libro corona los esfuerzos de un arqueólogo que dedicó una parte importante de su carrera a la documentación y estudio del arte rupestre de nuestro país, marcando un punto de inflexión en este campo, al situarlo en el nivel científico y profesional que hoy tiene dentro de la disciplina.

La obra consta de la referida Crónica del Rescate, que incluye facsímiles de algunas páginas de sus apuntes de campo. Comprende también una reedición del artículo “Arte rupestre en El Médano, II Región”, que el autor publicara con Grete Mostny en 1984 en la desaparecida revista *Creces* un año después del citado libro *Arte rupestre chileno*. Con la probable excepción de algunas tiendas de libros usados, ninguna de estas dos publicaciones está disponible hoy en día en el mercado, por lo que la presente edición viene a llenar una real y sentida necesidad. Insertos a través de este artículo hay cinco recuadros que Niemeyer escribió especialmente para este volumen. Tratan sobre la geografía, flora y fauna, prehistoria y etnohistoria del área, así como acerca del tema de la balsa de cuero de lobo. Su finalidad es ambientar el hallazgo, poner en perspectiva histórico-cultural las escenas y ofrecer mayores detalles sobre algunos temas o motivos. Otra de las partes valiosas son algunos dibujos que él hiciera sobre la base de su registro en terreno. La mayor parte de estos, sin embargo, seguirá permaneciendo inédita. Completan la obra una serie de excelentes fotografías de los paneles y el sitio tomadas recientemente por Fernando Maldonado.

Niemeyer no alcanzó a ahondar en ciertos temas, incorporar recientes avances sobre el tópico ni revisar sus manuscritos. Su atildado trabajo sobre los petroglifos de Las Lizas, en la vecina Región de Atacama, es una muestra a menor escala de lo que habría hecho con los materiales de El Médano si la vida le hubiera alcanzado. Aun así, este volumen es de un valor inestimable para los estudios de arte rupestre, la prehistoria del litoral del Norte Grande y la historiografía de una de las figuras clave de la arqueología chilena de la segunda mitad del siglo XX.

Nos complace mucho que los desvelos de nuestro maestro no hayan sido en vano.

José Berenguer R.

- ¹ Véase extracto de esta conferencia en H. Niemeyer, , 1977, “Variación de los estilos de arte rupestre en Chile”, Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile, Altos de Vilches, Vol. II, pp. 649-660, Editorial Kultrún, Santiago.
- ² La existencia de las pinturas de El Médano había sido reportada en 1923 por Augusto Capdeville (véase P. Núñez y R. Contreras, 2004, “El arte rupestre de Taltal, norte de Chile”, Actas del 5º Congreso de Antropología Chilena, San Felipe, p. 348, Colegio de Antropólogos de Chile, Santiago), pero su descripción y estudio sistemático comenzó recién con Niemeyer en 1973. Diez años después, G. Mostny y H. Niemeyer publicarían sus primeras conclusiones acerca de este singular hallazgo en un libro de divulgación dedicado al arte rupestre de Chile (1983, Arte rupestre chileno, Serie el Patrimonio Cultural Chileno, Ministerio de Educación, Santiago).
- ³ Desconozco la fecha original de este manuscrito, pero pareciera que lo redactó en una época muy posterior a su trabajo de campo. Con todo, Niemeyer describe allí aspectos tan específicos sobre la cronología de la campaña, la vida en el campamento, los movimientos a lo largo de la quebrada, las decisiones de trabajo, etc., que no puede sino haberse basado en notas tomadas por él durante la expedición de 1973. Esas notas -que en el listado Título General Carpeta: El Médano parecen ser aludidas como “Crónica diaria detallada”- no han sido encontradas. Existe un cuaderno con esa fecha que refiere como Apuntes de Campo (véase más adelante), pero carece de tales detalles. En todo caso el problema es, si se quiere, meramente académico, en la medida que el arte de la memoria -incluso en un diario de terreno- es siempre una construcción, un resultado complejo de la tensión entre los hechos tal como ocurrieron, la memoria colectiva o personal sobre ellos y su representación por un autor (S. Daniels, 2006, “Suburban pastoral: Strawberry Fields forever and Sixties memory”, Cultural Geographies 13: 28-54).
- ⁴ Originalmente, Lautaro Núñez y guillermo Chong iban a integrar la expedición, pero, como dice escuetamente Niemeyer, “no pudieron ser de la partida”. Una explicación de este hecho y de otros que rodearon la expedición de 1973, se encuentra en “Homenaje al Ing. Prof. Hans Niemeyer Fernández (1921-2005), testimonio de Lautaro Núñez A.”, Chungara 38 (2), p. 170.
- ⁵ J. Carmona, 2003, Archivos de suelo: Hans Niemeyer y la arqueología científica en Chile, p. 147 y ss., Coedición La Huella / Logos Group / Ernesto Carmona Editor, Santiago.
- ⁶ Por ejemplo, véase H. Niemeyer, 1972, Las pinturas rupestres de la sierra de Arica, Editorial Jerónimo de Vivar, Santiago.
- ⁷ En la expedición de 1985, patrocinada por el entonces Museo Arqueológico de la Plaza Mulato Gil y un subsidio de la National Geographic Society, prospectó el curso inferior de la quebrada, desde el pie del acantilado hasta el borde del mar, encontrando algunos restos de data histórica, unas pocas lascas y un sitio prehispánico sin profundidad depositacional. José Castelleti (comunicación personal 2007), quien examinó la zona para un estudio de impacto ambiental y está haciendo una Tesis de Magíster sobre las ocupaciones prehispánicas del área, ratifica que el lugar donde desemboca la quebrada El Médano carece prácticamente de restos arqueológicos. Según él, los sitios ocupacionales más cercanos están a unos 10 km al norte, en Loreto y Punta Plata (véase más adelante).
- ⁸ H. Niemeyer, 1985, “El yacimiento de petroglifos Las Lizas (Región de Atacama, Provincia de Copiapó, Chile)”, Estudios en arte rupestre, C. Aldunate, J. Berenguer y V. Castro, Eds., pp. 131-171, Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.
- ⁹ Este Prólogo se benefició de conversaciones sostenidas con Selva Rubilar viuda de Niemeyer, Hilda Niemeyer, Jorge Bórquez, Lautaro Núñez, José Castelleti, Patricio Núñez y Javiera Carmona.



Crónica del rescate

Expedición 1973

El geólogo del Instituto de Investigaciones Geológicas, Jefe por entonces de la Institución en Antofagasta, nuestro amigo Guillermo Chong me comunicó en Agosto de 1973 el descubrimiento por parte del personal a su cargo, de pinturas rupestres prehispanicas de singular interés y en elevado número, en un punto de la costa, al sur de la provincia de Antofagasta, dentro de su jurisdicción. El hallazgo lo había hecho un antiguo cateador de minas, profundo conocedor del territorio antofagastino, don Hugo Cotapos, hoy funcionario técnico de este Instituto. Pero no sólo nos dio la noticia, sino que nos mostró fotografías y aún dos trozos de roca que portaban pinturas en rojo, invitándonos a relevarlas y estudiarlas.

Viajé en bus el día 30 de octubre de 1973 desde Santiago con mi equipo de campaña hasta Antofagasta, lugar de partida de la expedición que rescataría para la ciencia las valiosas pinturas. En Antofagasta completé los preparativos con el apoyo del Instituto. Me fue presentado y convertido en mi ayudante de campo un joven estudiante de Geología y colaborador del Instituto, don Fernando Benavides, quién con buena experiencia de terreno sería de inestimable ayuda en la campaña, aparte de convertirse en excelente amigo. Juntos ultimamos los preparativos al seleccionar el equipo de carpas y de cocina, y la adquisición de víveres. Parte muy importante era la provisión de agua dulce, ya que el lugar carecía absolutamente de ese elemento. Así, nos apertrechamos con 200 litros de agua potable. El 31 de Octubre teníamos todo preparado para el zarpe; el 1º de Noviembre, día destinado a rendir homenaje a los muertos, era para nosotros prácticamente perdido, de modo que decidimos partir al día subsiguiente.

El 2 de Noviembre nos pusimos en camino en una camioneta de doble tracción del Instituto.

Bloque rocoso con pinturas rupestres en la quebrada El Médano.

Lamentablemente no pudo ser de la partida nuestro anfitrión ni tampoco uno de nosotros (L.Ñúñez). Tras tomar la carretera Panamericana, hacia el sur, nos desviamos de ella a unos 50 kms. de Antofagasta para continuar con la ruta que conduce a Paposo siguiendo la quebrada. De pronto, y faltando sólo unos 20 kms para alcanzar ese punto costero, nos desviamos hacia el noroeste por una huella minera que remontaba los contrafuertes orientales de la Cordillera de la Costa, donde destacan los cerros Yumbes (2.292 m.s.m.) y Parañave (2.427 m.s.m.) Los lomajes son suaves y absolutamente desérticos. Sobrepasando el portezuelo sobre la divisoria de aguas, de las que caen a la pampa y las que vierten hacia el mar, descendemos algo abruptamente en demanda de las cabeceras de las quebradas de EL Médano. Allí, en el punto de mayor descenso posible para el vehículo, quedan nuestros equipajes en desorden. La camioneta regresa mientras nosotros ponemos en orden el caos de bultos, organizando nuestro campamento en pleno desierto. Nos encontramos a 1.900 m.s.m., sobre el nivel del mar bajo una atmósfera diáfana, a pleno sol ardiente del medio día. Complementamos el recinto de la carpa, que nos brindará protección por la noche, con un espacio adyacente cubierto con la cubrecarpa delimitando con las cajas portadoras de víveres. El tambor de agua de 200 litros desempeña el papel de pilar. Se procura así un “estar” cocina-comedor bastante cómodo.

El guía don Hugo Cotapos, quién tuvo que regresar a Antofagasta en el mismo vehículo, desde esa cabecera nos indicó que siguiendo el curso de la quebrada, allá donde se pierde la vista, porque la interrumpe una loma, hallaremos las primeras pinturas.

Más abajo, la quebrada y los cerros vecinos aparecen como suspendidos en un mar de algodones. Es que se sumergen en el techo del estrato de neblina o

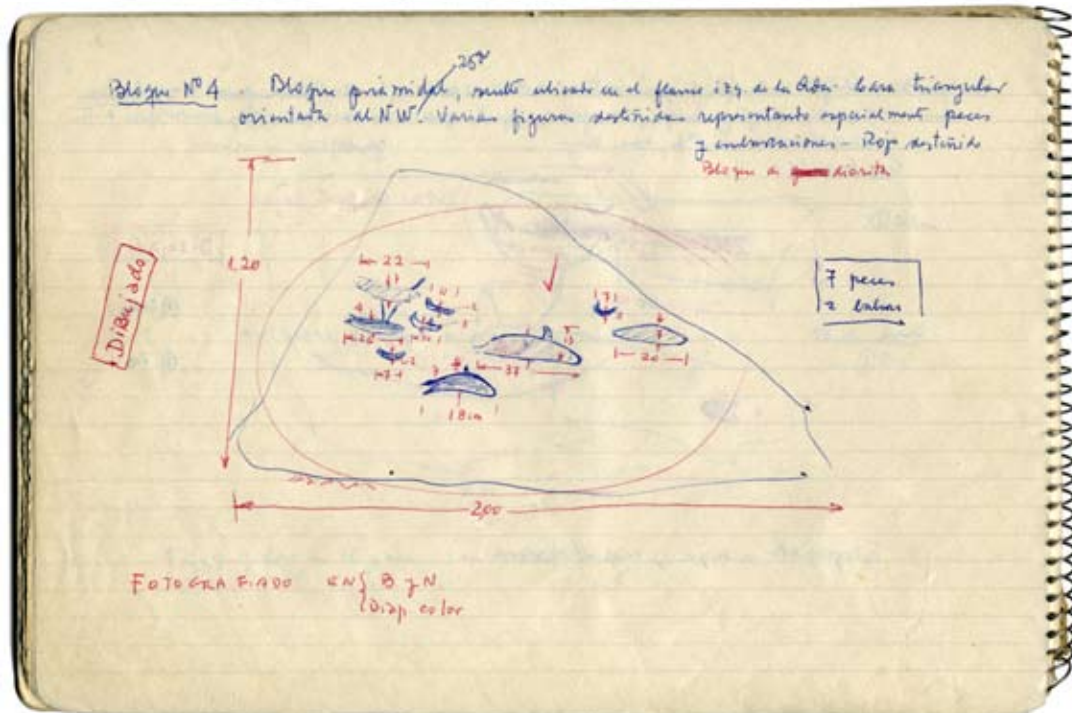
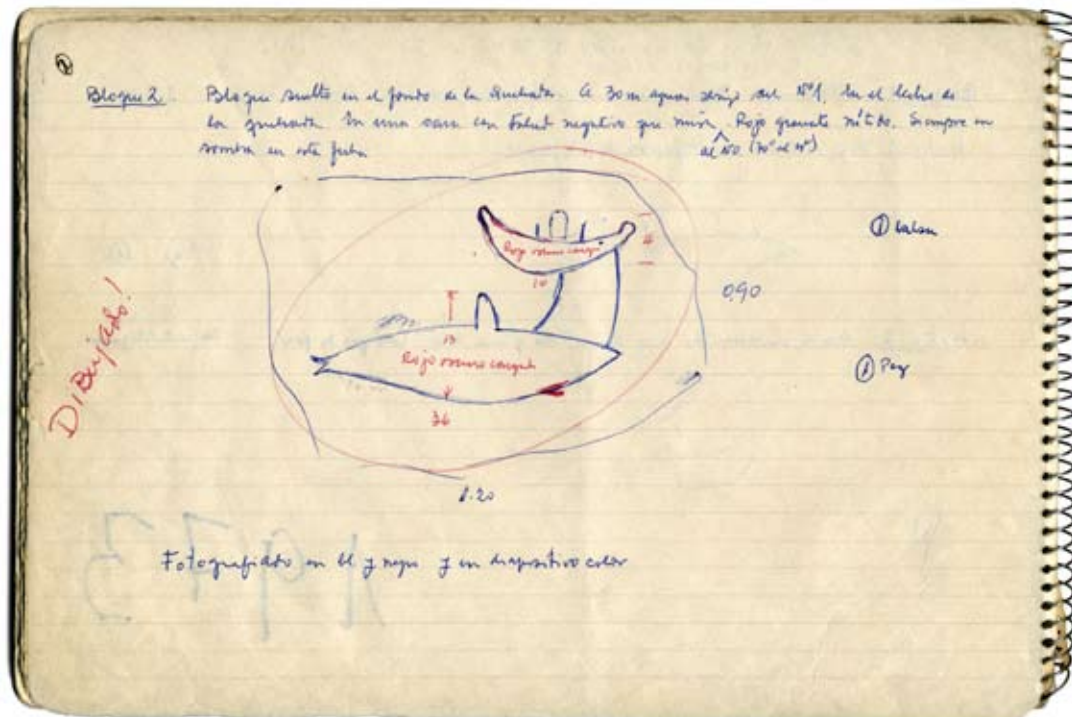
Localización del sitio rupestre y área de distribución de las pinturas.





1000 m

Paginas del Diario de Registro
Rupestre elaborado por Hans
Niemeyer.



Llegada de la expedición
al acceso de la quebrada El
Médano.



“camanchaca” tan frecuente en la Costa del Norte Grande de Chile. Por esta razón no se ve el mar. Estamos sobre el límite de la neblina y, por lo tanto, sobre el límite de la vegetación del jaral costero cuyo crecimiento es favorecido por la condensación de dicha neblina. La lozana vegetación arbustiva y herbácea del litoral de Paposo, es un hecho bien reconocido por los botánicos, desde donde se han venido creando valiosas herborizaciones.

Tras comer algo, nos fuimos esta misma tarde quebrada abajo en un primer reconocimiento en pos de las pinturas. Descendemos primero por una empinada falda poblada de bloques rocosos y bolones hasta alcanzar el talweg de la quebrada en un punto de notable cambio de su pendiente, de brusca a más suave. Las primeras manifestaciones de arte rupestre que encontramos en nuestro camino, se encuentra sobre bloques sueltos, en la vaguada misma de la quebrada, algunos con evidencias de haber sido removidos con posterioridad a su empleo para pintar. Más abajo, sin embargo, las pinturas se practicaron en facetas de la roca fundamental granodiorítica, en los flancos inmediatos al lecho de la quebrada. Ya a estas alturas aparecen algunas plantas propias de climas semiáridos como el cachiuyo (*Atriplex* s.p.), el tomatillo y otros arbustos. Cerca de las 6 p.m. emprendemos el regreso, llenos de optimismo por el hallazgo de las primeras pinturas, que con ser notables, se demostrará que eran ínfima parte de lo que veremos en los próximos días. Considerábamos, sin embargo, con su hallazgo, compensado el esfuerzo hasta aquí hecho. La ascensión última del cerro hasta la elevación del campamento resulta agobiadora, toma algo de una hora. El regreso en total desde el Rápido Grande ha demorado dos horas. Aparte de las pinturas, en ese reconocimiento no hallamos ningún otro resto arqueológico ni vestigios de ocupación humana. A las 8.30 pm estábamos integrados a nuestro campamento. La conversación gira en torno a las experiencias estudiantiles del golpe militar que acababa de producirse.

El segundo día bajamos para relevar los hallazgos del día anterior, encontrando otros no vistos en esa ocasión. El trabajo es lento, implica fotografiar, en blanco y negro y en diapositiva a color; dibujar y medir. Fernando resolvió llevar su receptor de radio portátil para entretenerse mientras yo dibujo, labor que

Bloque 7 Aproximación en el flanco derecho, granodiorita. Faceta expuesta al SW NE 40°
Figuras nítidas, pero grande y bolones pequeños

2 bolones
2 peces

Dibujado



Fotografía en B y N y a color

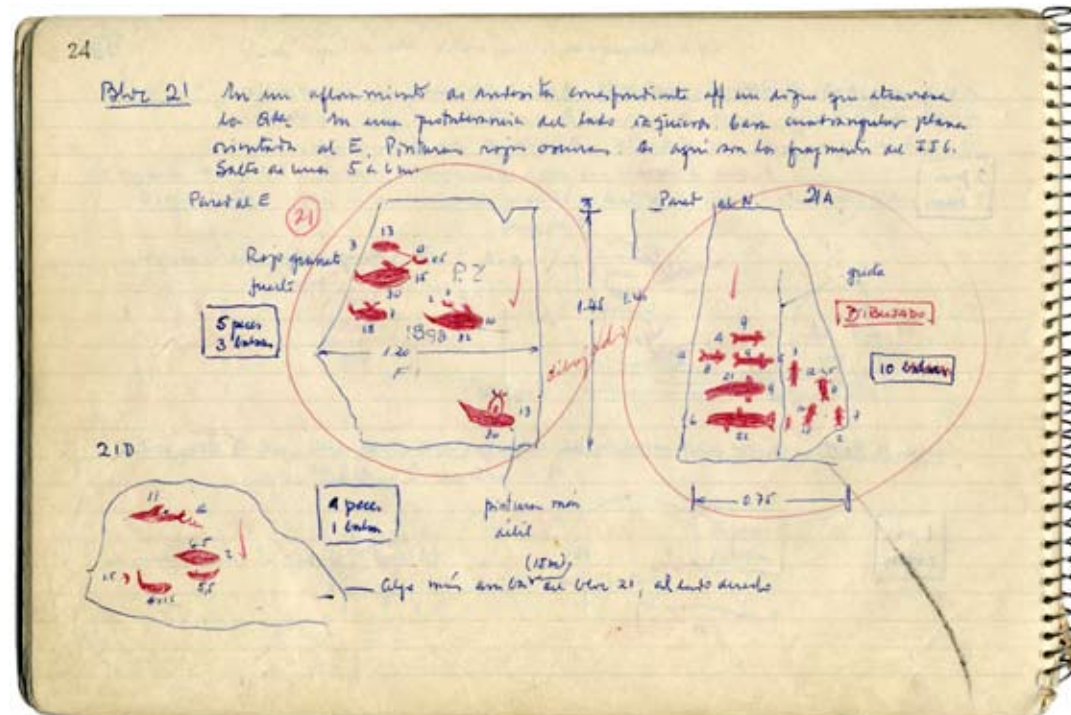
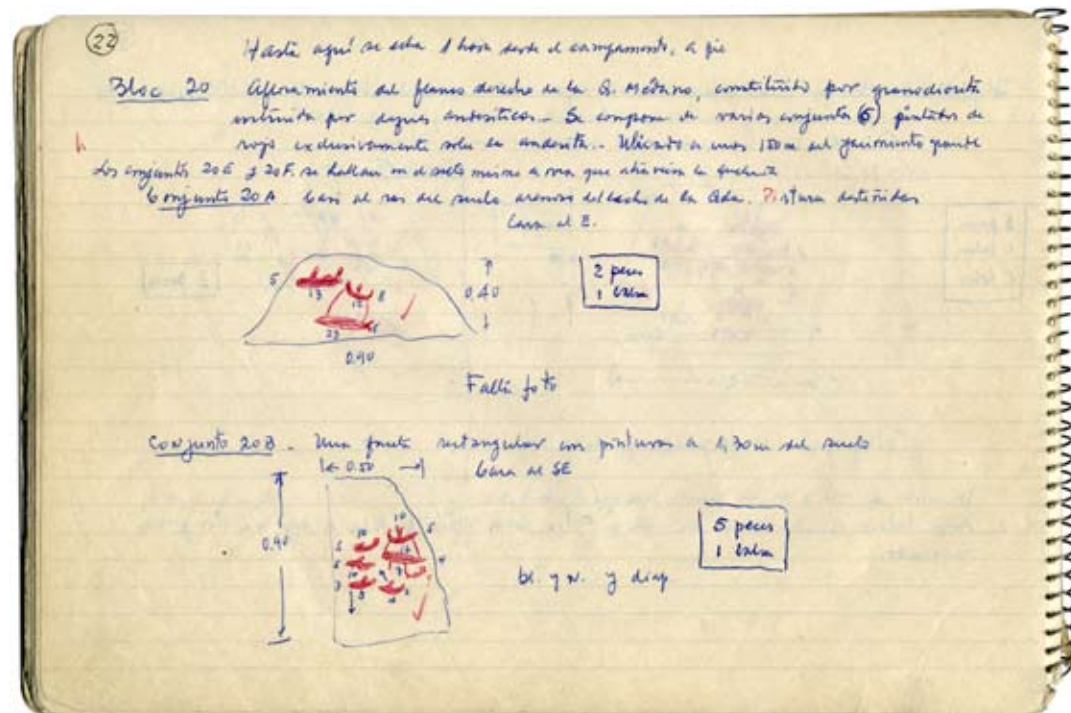
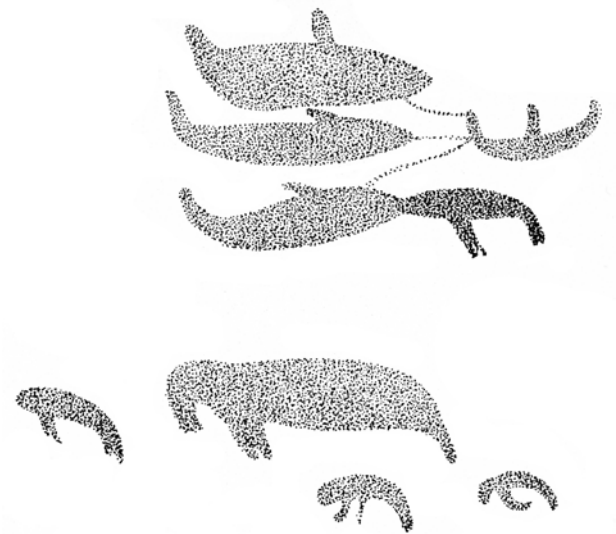
Bloque 1-3 Bloque suelto a la
1.20 m de la roca: 1.20 m de la roca



1 pez
1 bolon



Campamento de la expedición.



Bloque 4A Bloque antecítico en el fondo de la A. (independiente), a 15m del Pl. 4, algo
 y más hacia y más cerca de la orilla derecha. Peces y lobos.
 En O-A hay una superposición de la colada del lobo con la del pez.
 Cara al SW.

2 peces
 1 lobo
 5 lobos



Fotografiado en el grupo y al color

Mención al lobo y los tres grandes peces que han sido
 de rojo oscuro hasta violeta mientras que los lobos están pintados de rojo más vivo y más
 marcados

Cara al NE



3 peces

23

conjunto 202 Fauce en la antecítica. Cara al E.

2 peces
 2 lobos



Pl. y N. y dibujo (en la mano)

conjunto 203 B. la pintura más allá del grupo, la H. en la pintura sobre el fondo de la B.
 Fauce de un tronco, al E.

1 pez
 1 lobo



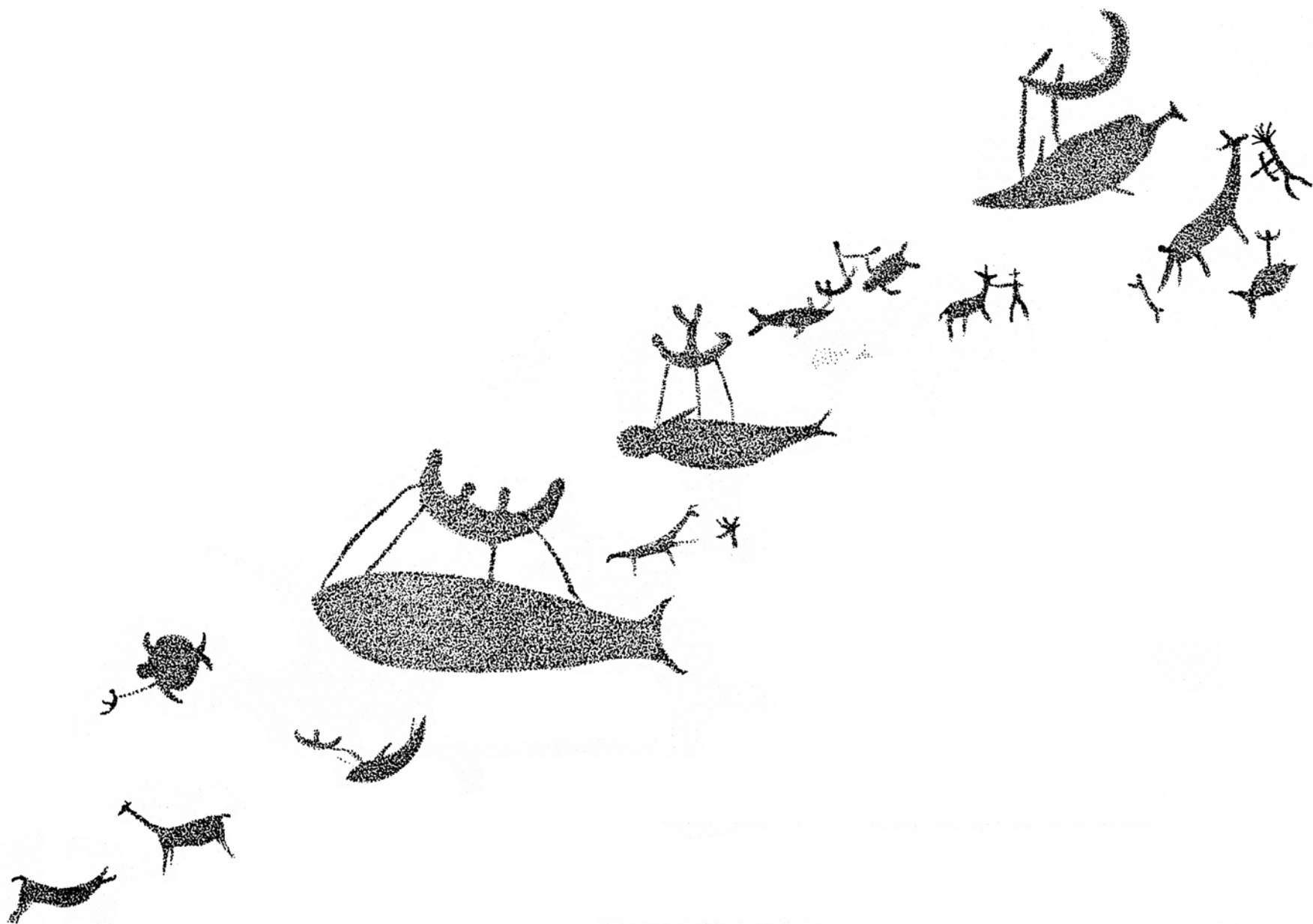
Pl. y N. y dibujo (en la mano)

es la más tediosa, y en la cual él no puede ayudar. Así, nos desplazamos bloque a bloque bajo un sol ardiente. Tampoco para la colación del medio día hay sombra, con todo, el ambiente del desierto por ser muy seco, es soportable.

Relevamos 18 conjuntos o agrupaciones de pinturas rojas sobre un temática muy uniforme que revela fundamentalmente una economía de estricta dependencia marítima complementada minoritariamente con la caza terrestre de camélidos. Llegamos con el trabajo hasta la confluencia de una quebrada lateral a la cota 1.500, que de momento bautizamos como Q. El Medanita, y que le cae a la principal por su flanco norte o derecho. Poco más debajo de este punto se encuentra la agrupación que creíamos por entonces ser la más importante de la quebrada, y que comprende los bloques 9 al 19, ambos inclusive.

El tercer día, 4 de noviembre, proseguimos los relevamientos, hasta el conjunto N° 28. Mientras yo dibujaba, Fernando fue a explorar "el Rápido" y volvió con la noticia de la existencia de un gran número de pinturas, lo cual nos tomaría a lo menos dos días de trabajo. De regreso, nos metimos por la Quebrada El Medanita, donde sólo hallamos un pequeño panel pintado. Llegamos bastante arriba por el lecho empinado de ese cauce, a veces interrumpido por saltos o bloqueado por grandes peñascos, obstáculos difíciles de superar. Al divisar su nacimiento decidimos tomar la ladera del cerro en dirección al campamento. Remontamos el cerro y enseguida caminamos de soslayo o "de costa" como dicen los arrieros, penosamente por una ladera. En la cumbre nos despachamos las últimas gotas de agua de la cantimplora. Continuamos por una ladera muy empinada hasta alcanzar la ceja de una quebradilla lateral que nos obligó a perder la cota y volver a subir. Algunos puntos estratégicos nos permitieron tomar fotografías de la quebrada principal. Después de tres horas de emprendido el regreso llegamos, cansados, al campamento.

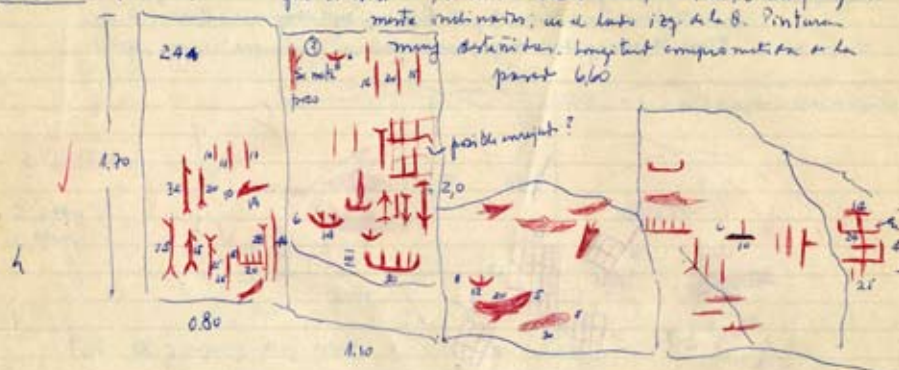
La noche transcurrió demasiado rápido. Casi no nos permite reponernos de las fatigas del día. Salimos más temprano esta vez. Tratamos de ganar tiempo, ya que la tarea que tenemos por delante crece a medida que exploramos. Al pasar por el yacimiento N° 20 descubrimos en un pequeño salto del lecho mismo de



28

Plano 24 Faceta de un grupo compuesto, el mismo del No. 23, vertical o muy ligera-
mente inclinada; en el lado izquierdo. Pintura
muy distinta. Longitud compuesta de la
pared 6.60

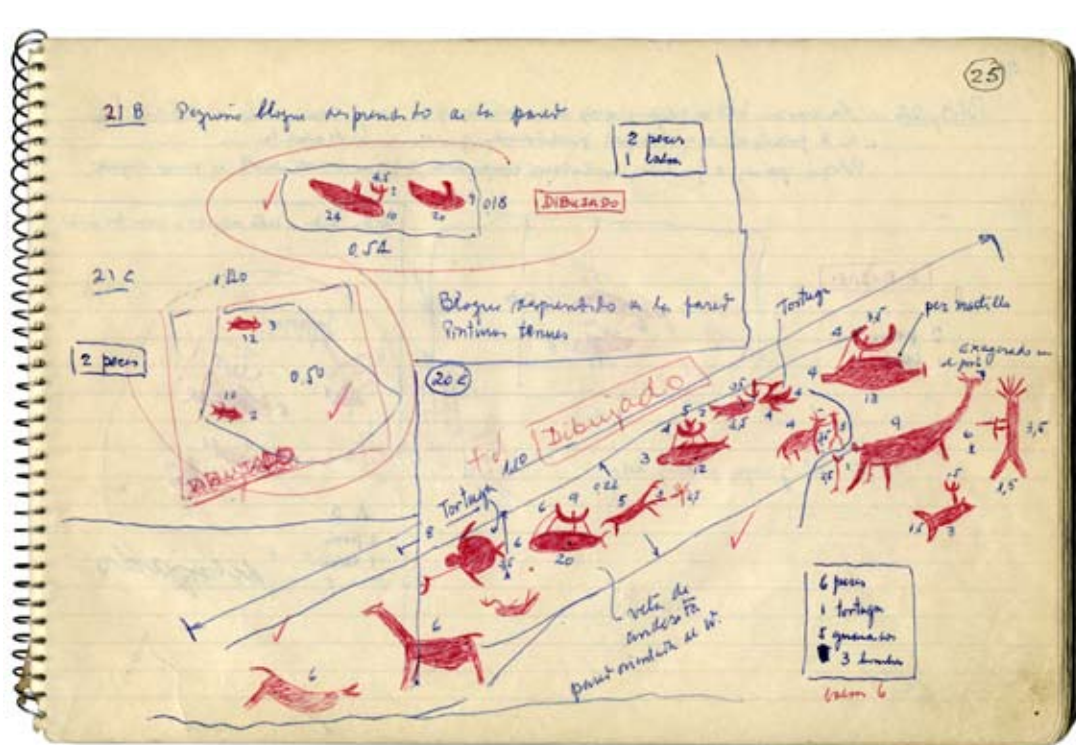
h



Friso orientado al NE

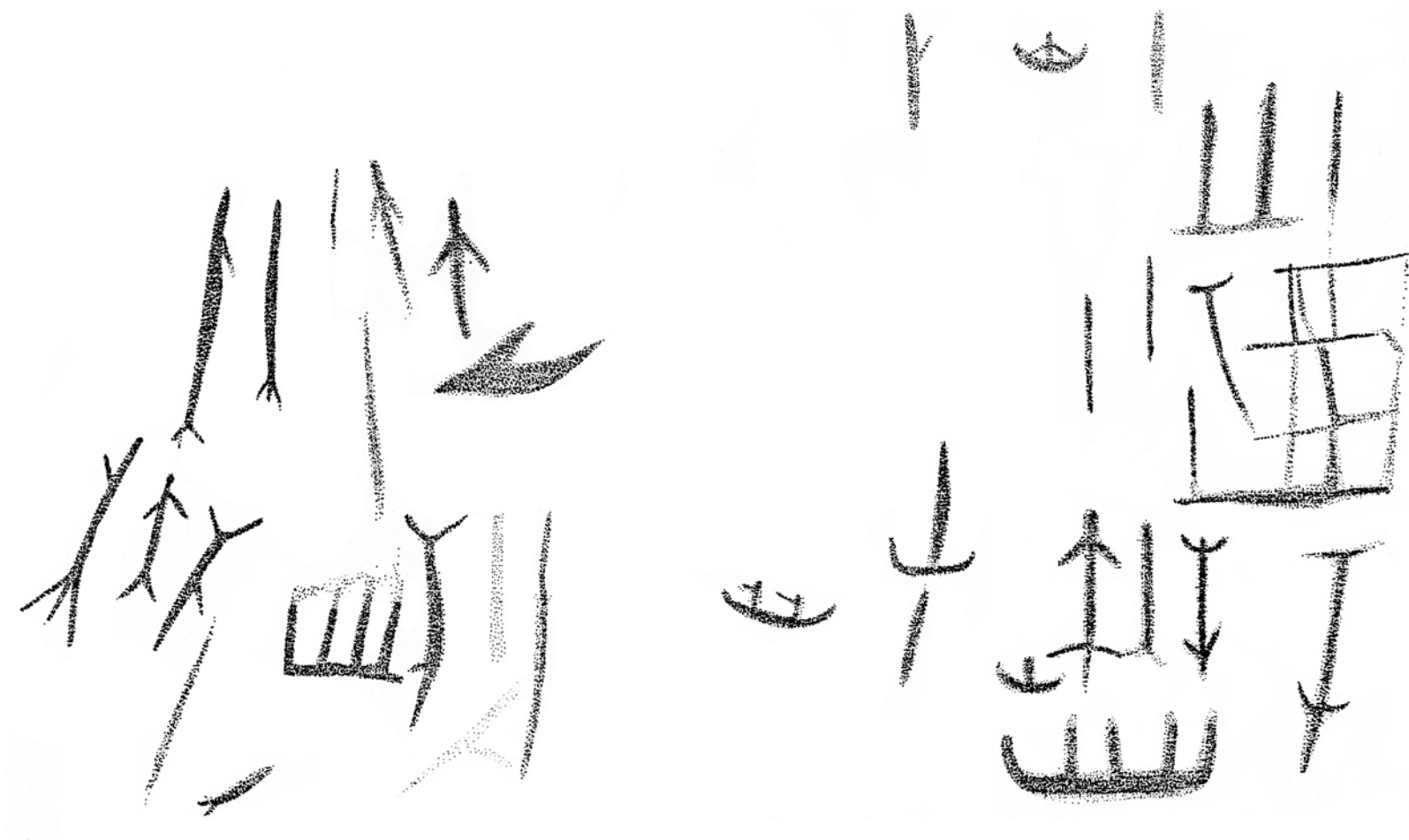
Foto en perspectiva // (1/4)

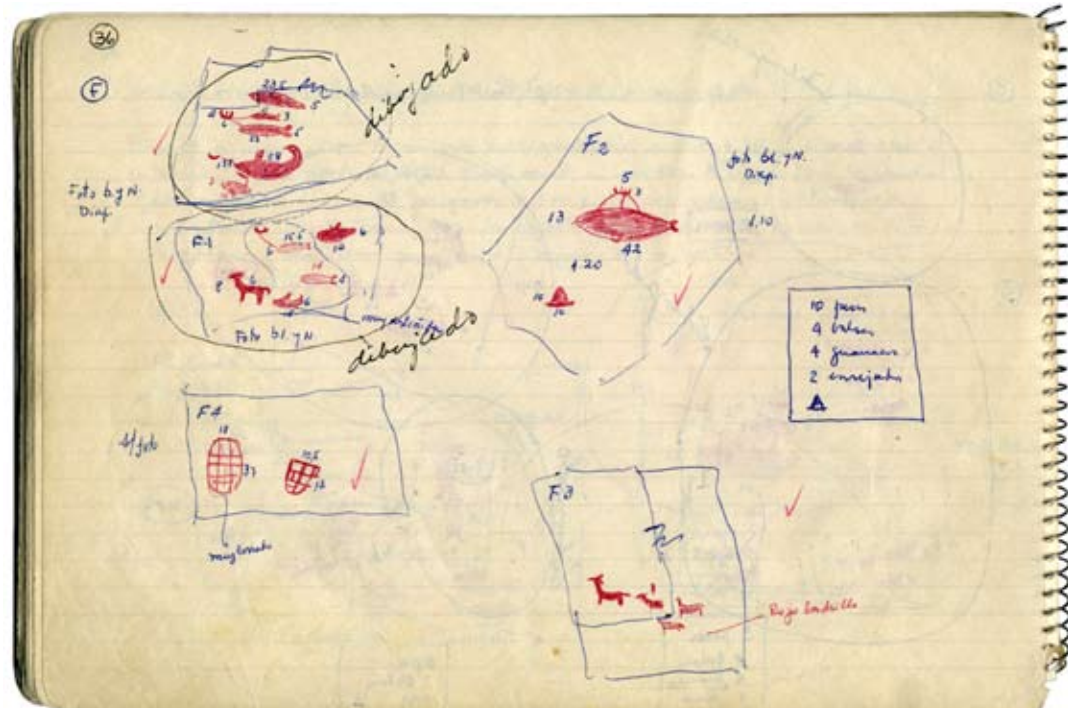
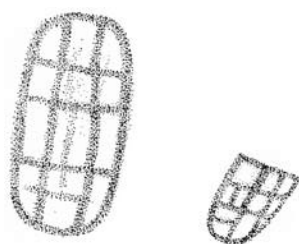
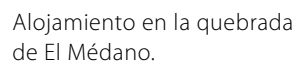
Poco 23
buen 4



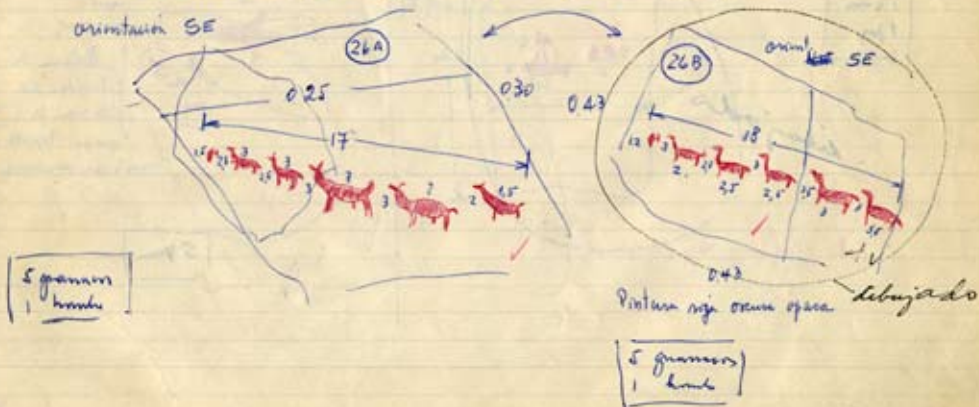
la quebrada otro bellissimo friso, que saca partido de un dique de andesita que atraviesa la quebrada, como otros muchos de su recorrido. La escena más bella de este friso se compone de un guerrero emplumado, premunido de un arco que enfrenta a un guanaco que lo ataca con sus manos. Poco más allá, en el mismo panel aparece una tortuga que es arrastrada por una embarcación, junto a otras escenas.

El cuarto día descendemos hasta el Rápido, que era nuestro destino de la jornada. Se trata de un santuario, con cientos de pinturas en rojo sobre los planchones rocosos de granito con venas andesitas que forman el rápido. Constituye nuestro yacimiento N° 29, fraccionado a su vez en un centenar de conjuntos. Fotografiamos lo que la luz nos permite. Hay ciertas



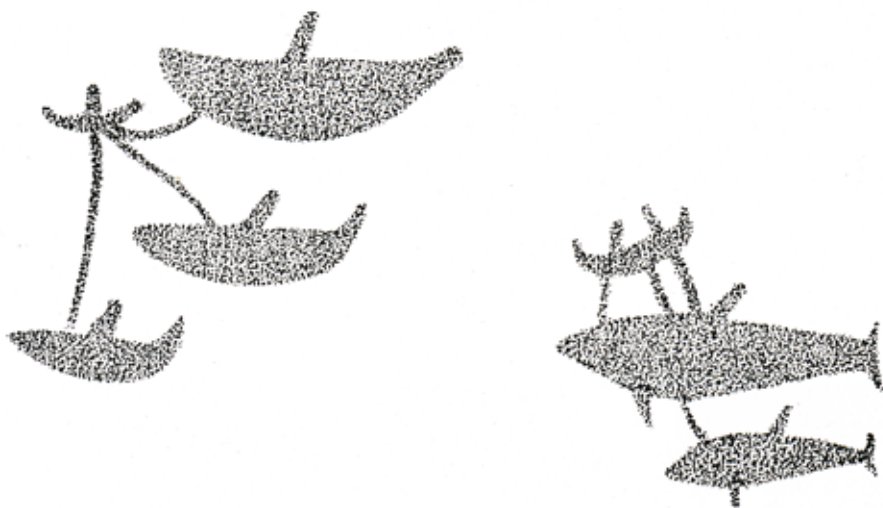
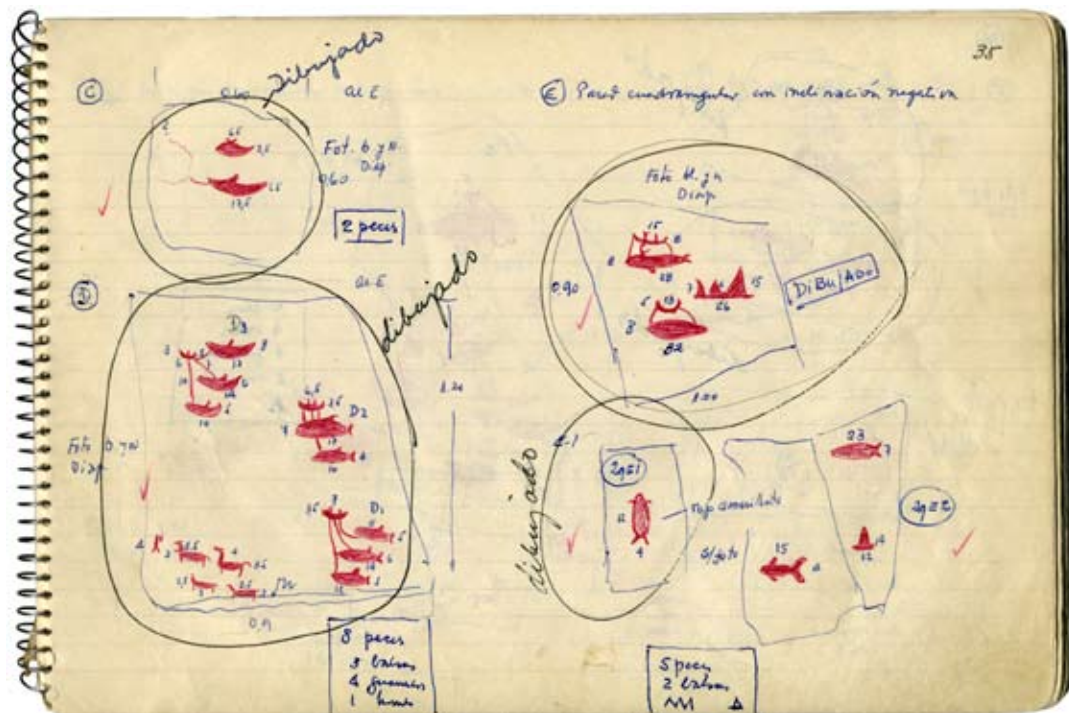


Petro. 26 Meneamiento de andesita en el flanco derecho de la quebrada, a unos 250 m del anterior. Hay aquí dos pequeños fragmentos de la roca vertical, con rasgos de lava de granito micáceo, formada por un conglomerado de más fragmentos que los anteriores. La 26A está formada por 5 granitos, de los cuales 4 tienen ostentoso el caso masculino. El fondo lleva un 2 más? y un poco al 1º animal. La 26B es andesita, de 5 granitos, andesita y el fondo es igual porción.

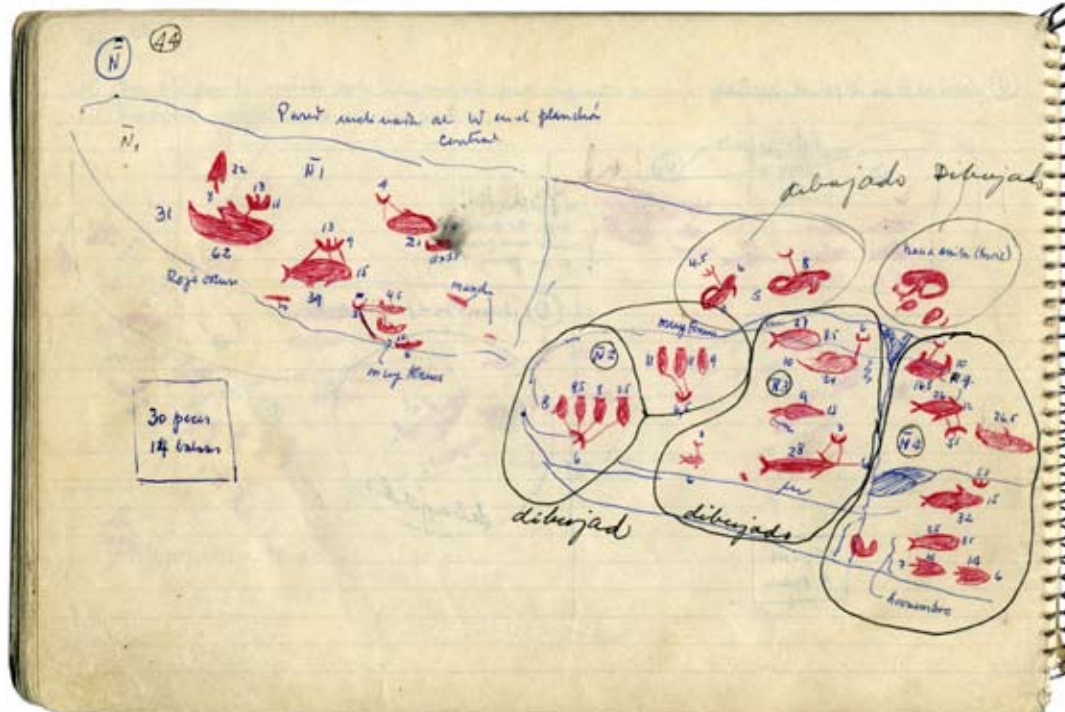
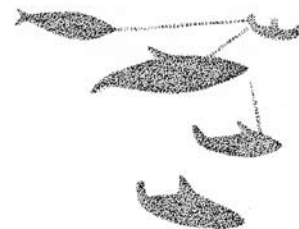


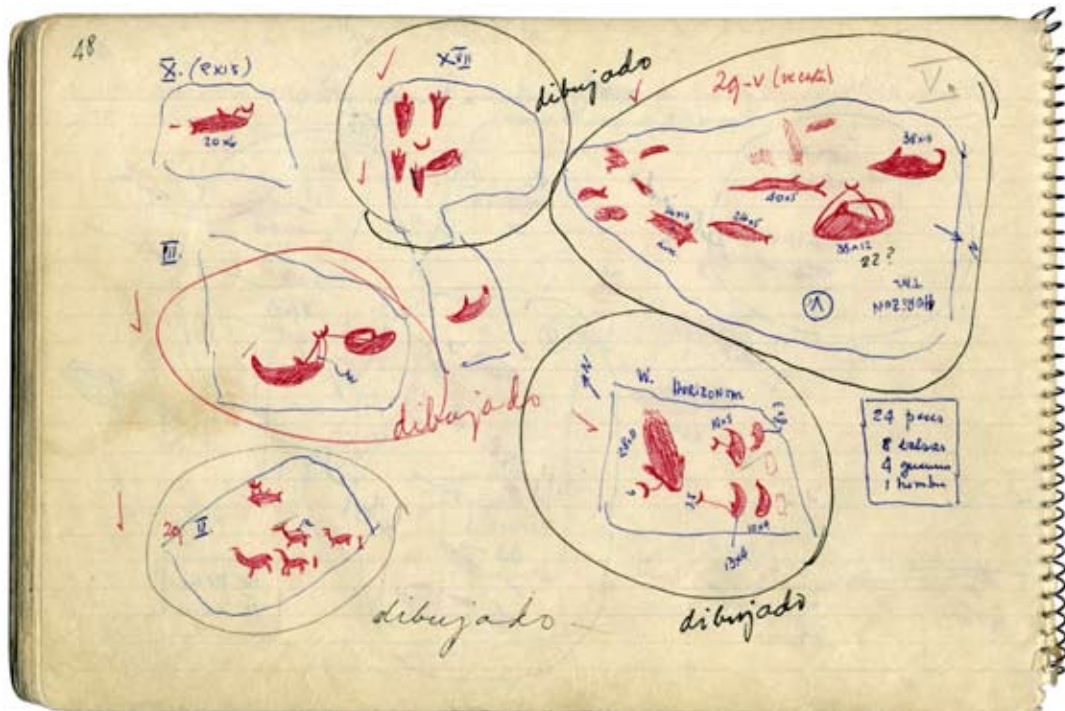
horas de sol no propicias para esta labor. Mientras registro en el cuaderno los conjuntos fotografiados, nuevamente Fernando avanza quebrada abajo sin alcanzar el Gran Salto, sino hasta medio camino. Regresa con la noticia de haber hallado muchas más pinturas, mejor conservadas que las anteriores. Me insta a que no nos preocupemos tanto de las del rápido porque las que vienen son mejores. Lo convenzo que nada puede despreciarse. Así las cosas, resolvemos venir a instalarnos por dos o tres días con un campamento provisorio al centro de gravedad del futuro trabajo. Sacrificando un poco la comodidad, ahorraremos energías y ganaremos tiempo y mejores condiciones de luz para fotografiar en el Rápido.

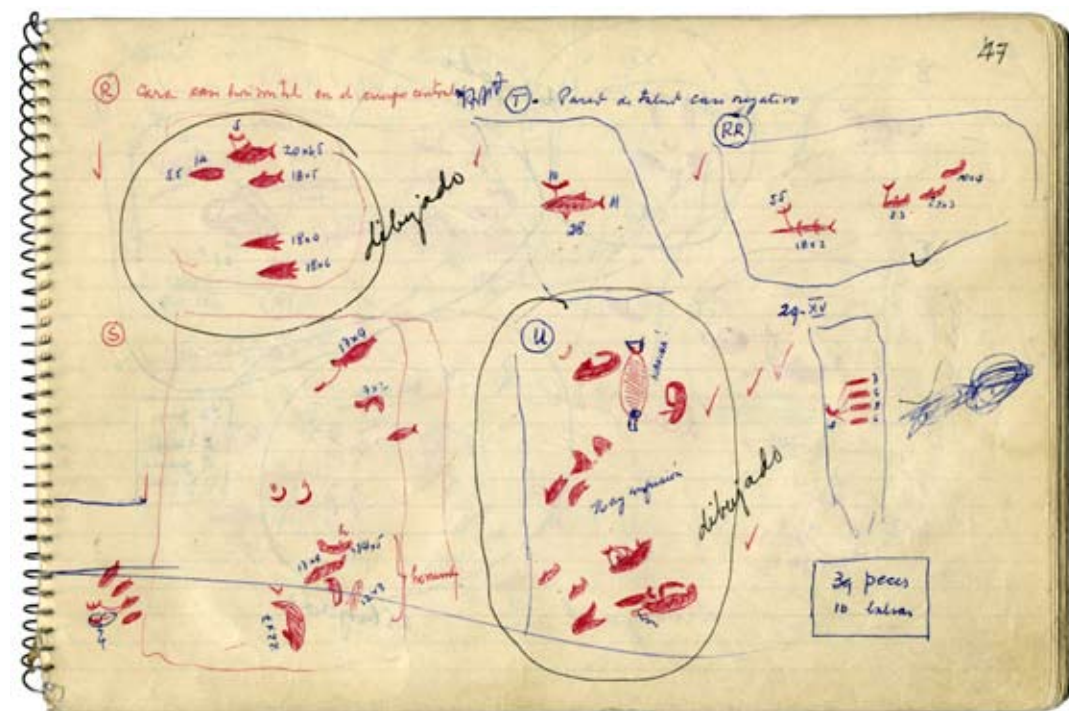
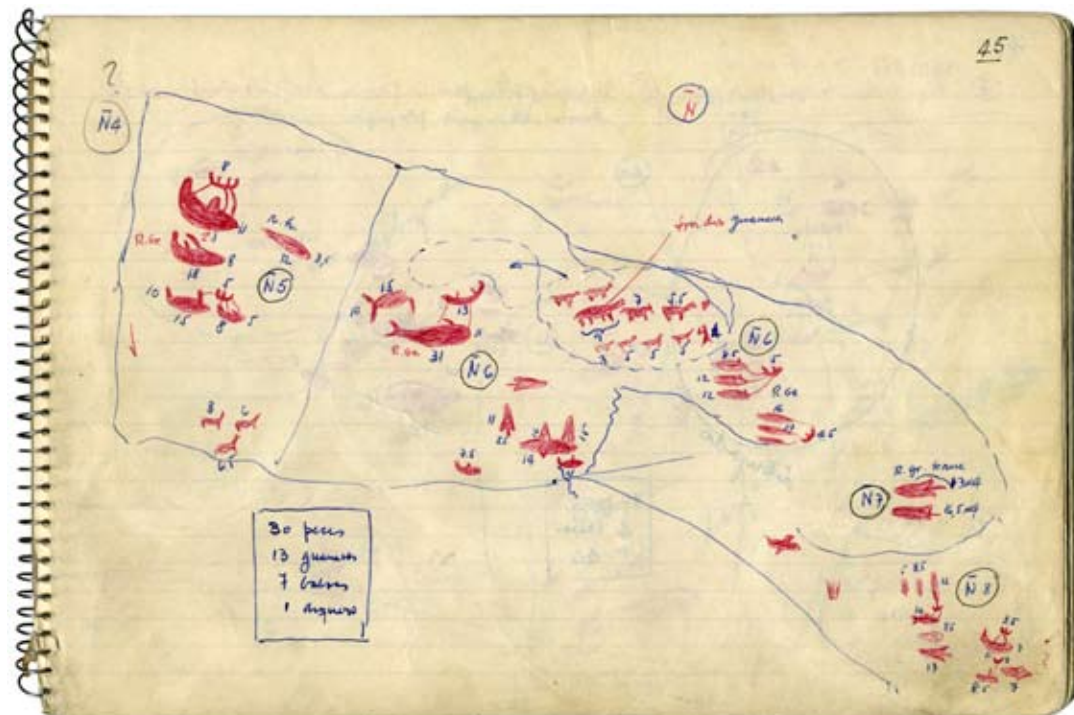
Desde muy temprano del tercer día de terreno, nos ponemos en actividad preparando nuestras mochilas con lo indispensable que usaremos en el campamento provisorio; algunos víveres, los sacos de dormir, algunos pocos artefactos culinarios, materiales de trabajo, etc. El mayor problema lo constituía el traslado del agua. Fernando lo resolvió portando a sus espaldas en la mochila un bidón de 20 litros, que era la cantidad que estimábamos indispensable para la bebida y preparar alimentos. De nuestra higiene personal teníamos que olvidarnos por ahora. Otro poco llevaba yo en la tetera, colgando de la mano derecha; en la otra, una olla con tallarines cocidos. Fernando, por supuesto, trasladó también su pesada radio que estimaba tan importante como la comida o el agua. Siempre estuvimos al día con las noticias y las propagandas políticas del momento. Abandonamos con cierta nostalgia nuestra carpa y la cocinilla a gas licuado que, aunque no es tan romántica como un hogar a leña, es infinitamente más práctica en una excursión.



Nos instalamos al pie del gran rápido, en el mismo lecho arenoso de la quebrada, en un reducido espacio llano donde cabían extendidos nuestros sacos. En un rincón, entre piedras, Fernando estableció el fogón. El combustible lo obtuvimos del tronco seco de Pinco-Pingo y de una formación vegetal resinosa, de gran volumen cuando seca parecida al Neneo de la Patagonia o al Espinillo de la cordillera de la zona central. Por la tarde, cuando en el yacimiento N° 20 del Rápido ya no se podía fotografiar por exceso de sol, excursionamos hacia abajo para relevar los paneles siguientes. Trabajamos hasta que la luz diurna se extinguía.





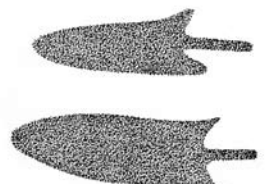
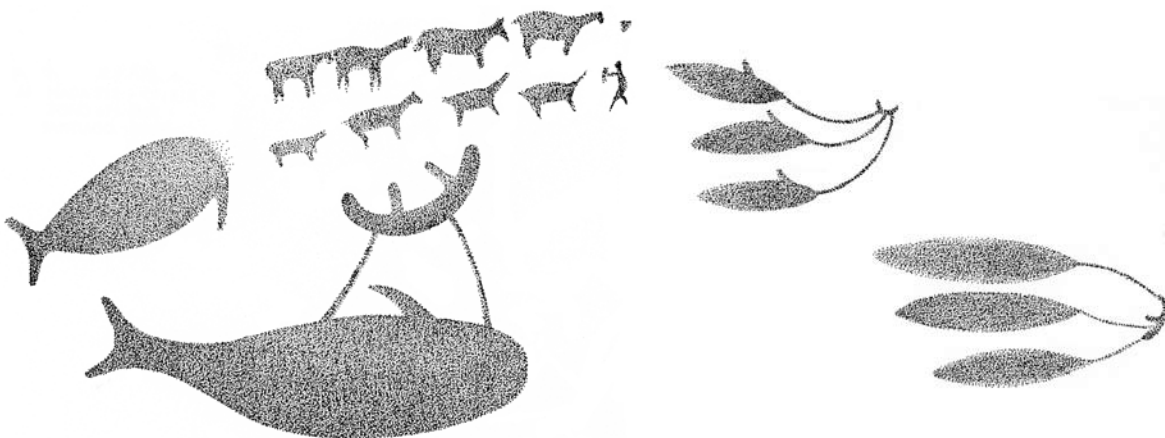


determinación específica. Es ya tradicional en nuestras excursiones efectuar colectas de plantas que ayudan a conocer la ecología local y que enriquecen dicha colección. En estos quehaceres estábamos cuando llegó Sergio Mánquez a buscarnos en la camioneta. En un cerrar de ojos desarmamos el campamento y cargamos.

Nos dirigimos a Paposo y de allí hacia el norte en un reconocimiento rápido por la costa. Por esta vía tuvimos la intención de regresar a Antofagasta por la huella que pasa por Caleta El Cobre. No fue posible por encontrarse cortado el camino por la "bajada" del año anterior de una de las innumerables quebradas, que en ese trayecto descenden de la cordillera costera. En este reconocimiento, por supuesto, pasamos por la desembocadura de la Quebrada El Médano, cuyo nombre proviene de una gran duna de este lugar. No se ven a primera vista grandes concentraciones de basura conchífera. Pudimos admirar, desde la playa, el Salto Gigante y desde lejos la mancha más verde en torno a la vertiente al pie del acantilado.

De regreso, pasamos a una de estas posesiones creadas en torno a una vertiente. La familia que la habita vive de una majada de cabríos. Esta posesión formaba parte de la Estancia Paposo, donde forrajeaban antiguamente las tropas de mulares que prestaban servicios en las salitreras y minas de la región. El jefe de la familia, don Miguel Hermosilla, nos informó que en otras quebradas no había visto pinturas.

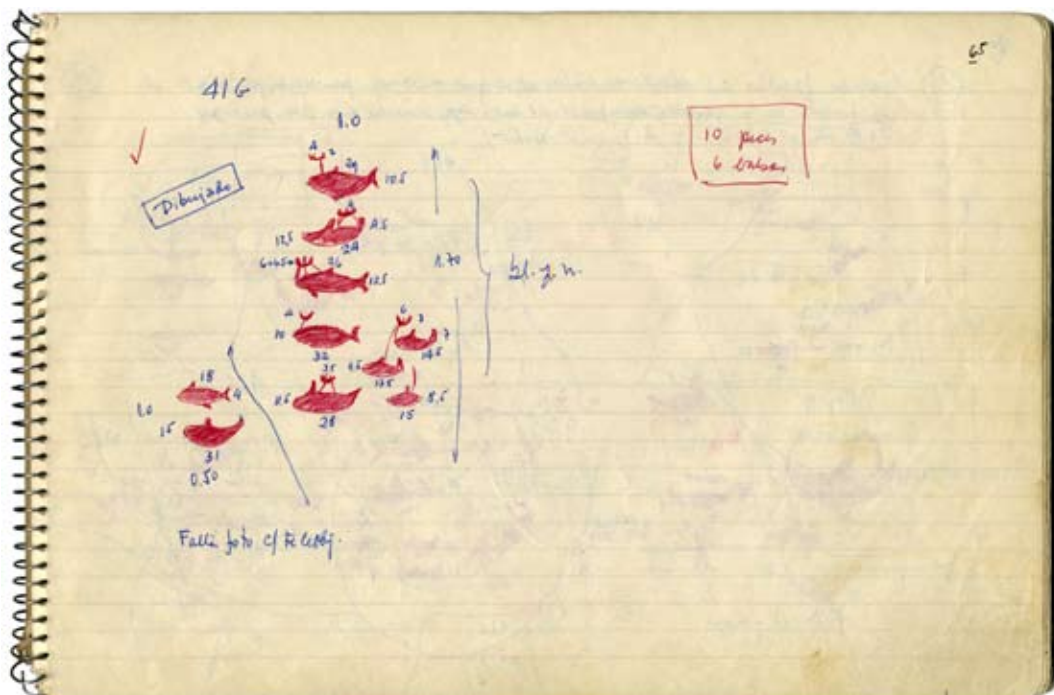
Esa tarde estuvimos de regreso en Antofagasta, con

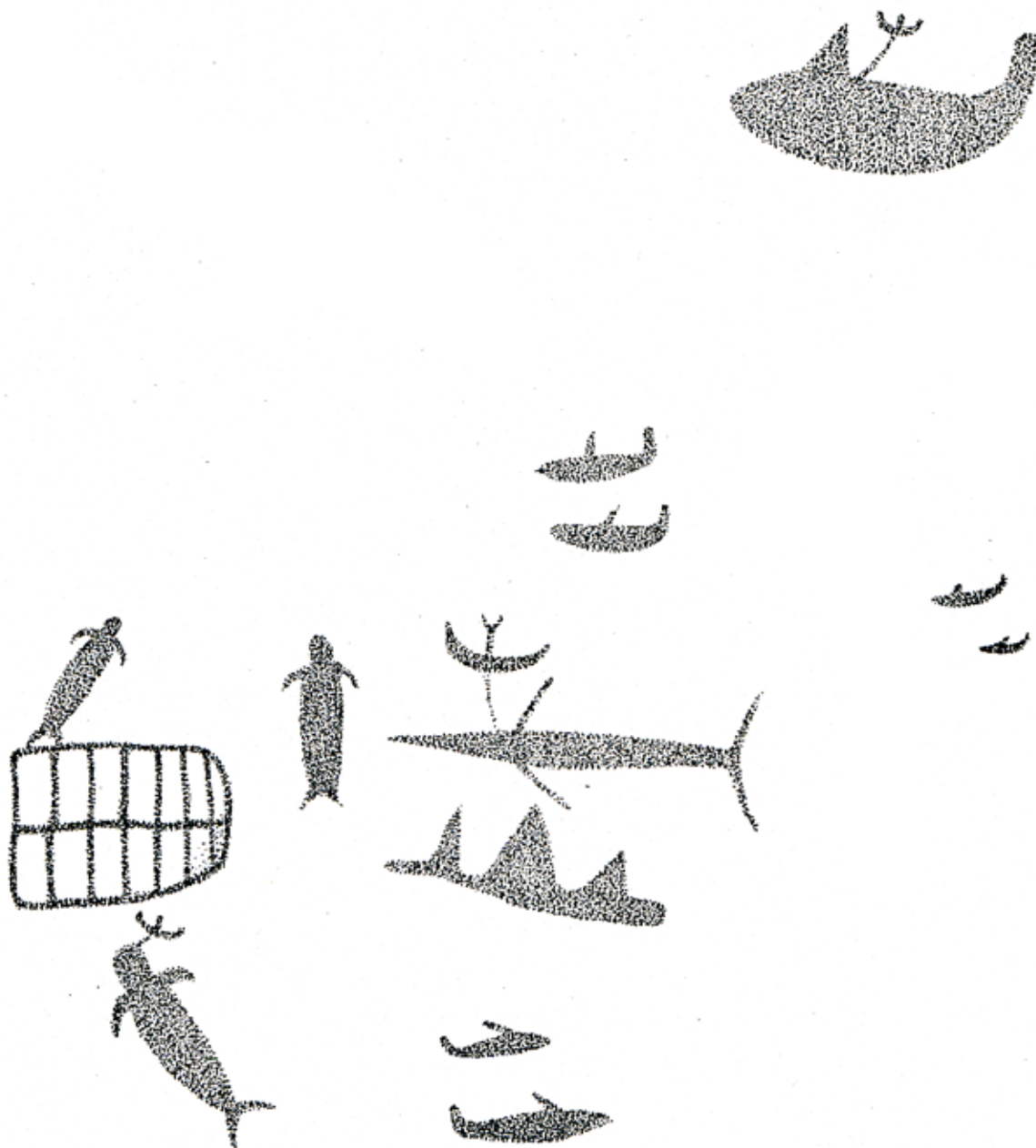
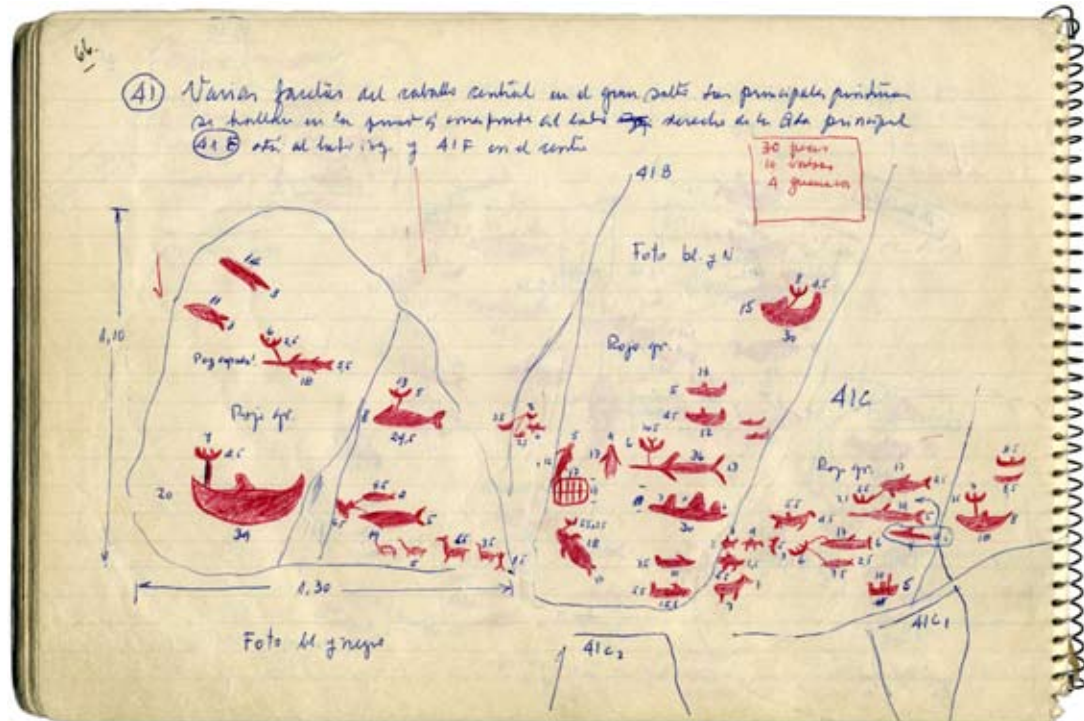


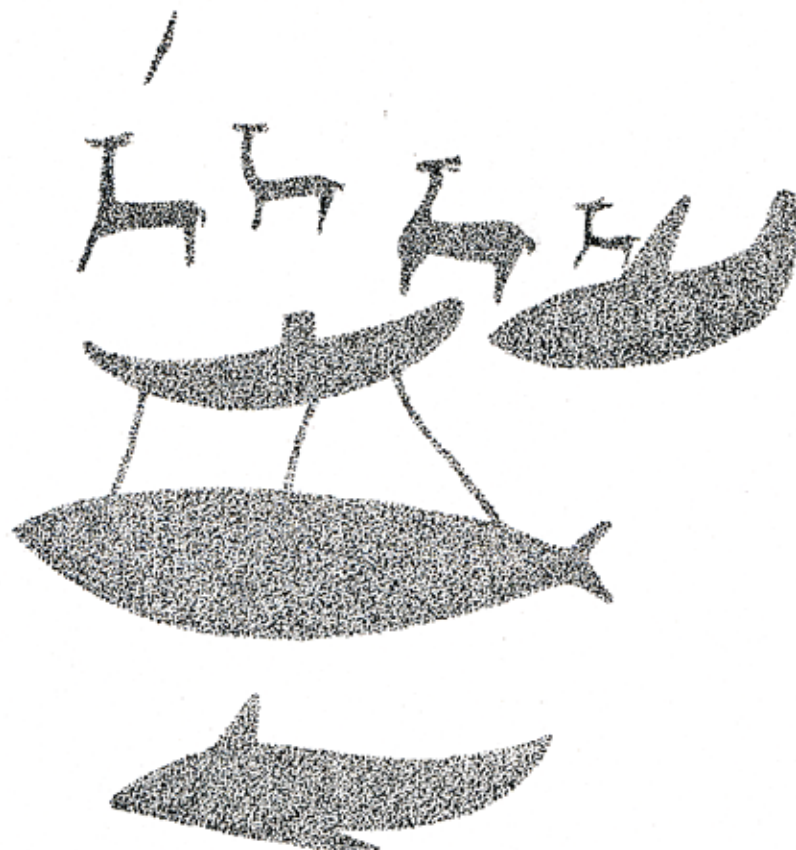
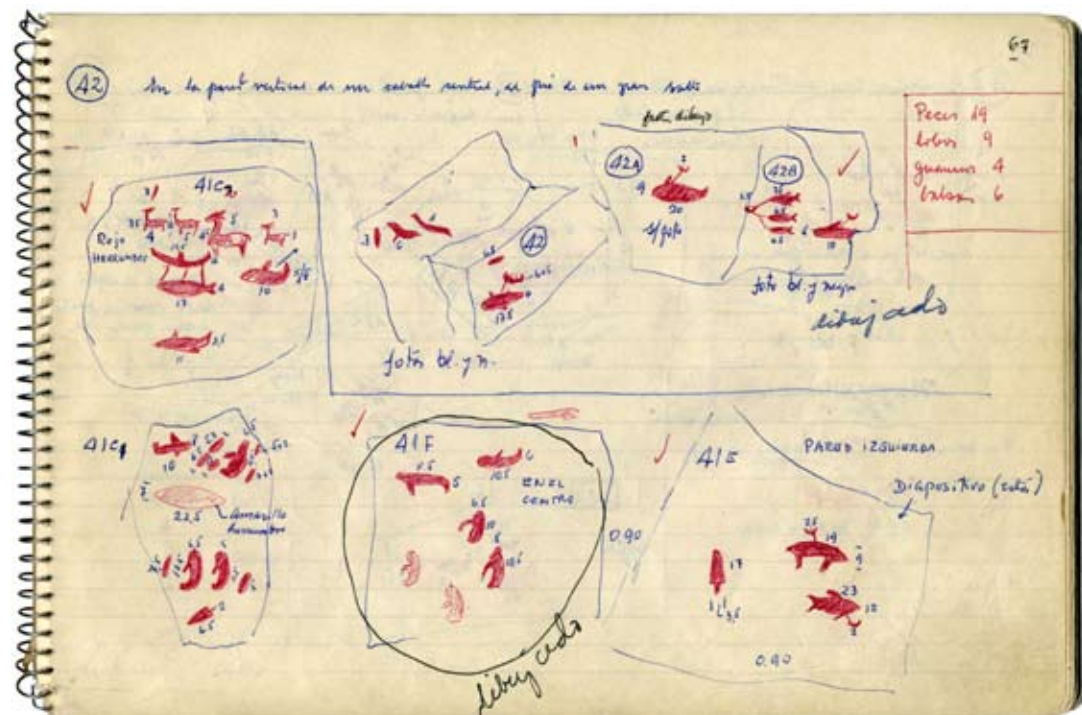
varias decenas de rollos fotográficos tomados en este rescate y un cuaderno lleno de dibujos en rojo.

La quebrada de El Médano es una de las tantas, más de treinta, que escinden la vertiente occidental de la Cordillera de la Costa, en el distrito de Paposo para desaguar en el Océano Pacífico. Su desembocadura en el mar se sitúa a unos 20 Km. al norte de la Caleta Paposo, en coordenadas geográficas 25° latitud sur y longitud oeste, en el extremo sur de la provincia de Antofagasta. Sus cabeceras se sitúan casi en la línea divisoria de aguas, en las faldas surponiente del Cerro Yumbres a cota cercana a los 2.000 m.s.m. La quebrada tiene un desarrollo total de aproximadamente 5 Km., puede fraccionarse en cuatro sectores bien definidos en atención a sus condiciones de pendiente:

- Curso superior de 1 Km. de longitud, en fuerte pendiente en ladera de cerro.
- Curso medio, con un desarrollo aproximado de 3 Km., en pendiente general más suave en relación al resto. Su curso está interrumpido por algunos saltos menores, de dos o tres metros de caída, y por un rápido, el Gran Rápido (de un 40 metros de desnivel)
- Salto Gigante de más de 500 metros de desnivel, que corresponde al acantilado general o falla longitudinal de la cordillera de la costa antepuesta a la plataforma litoránea.
- Curso inferior, con un desarrollo no superior a 2 km en pendiente relativamente suave, a través de la terraza marina del litoral.







La quebrada ha labrado su cauce en un plutón granítico que forma parte del gran batolito de la costa chilena. Por lo tanto la roca generalizada, mesonera de las pinturas que nos interesan, corresponden a granito o granodiorita. Sin embargo, existen numerosos diques andesíticos que cortan la quebrada normalmente a su dirección E-O con un ángulo bajo de abigamiento, produciendo sectores de mayor resistencia a la erosión. Ellos son causantes de numerosos saltos que interrumpen el talweg. Adelantamos aquí que estos diques andesíticos tienen importancia en el desarrollo de las pinturas, pues muchas veces fueron elegidos para usarlos como paneles en desmedro de la roca granítica encajadora. En efecto su color gris brillante y el grano más fino de su textura proporcionaba un mejor contraste al color rojo de nuestras manifestaciones rupestres. La roca granítica, de grano más grueso y superficie oxidada de color rojiza hacía el efecto contraproducente, que ciertamente ha constituido en algunas ocasiones dificultades en la identificación certera de la pintura y para su reproducción fotográfica. En el curso medio, la quebrada recibe dos afluentes de cierta importancia.

Dos accidentes geomorfológicos son importantes en el curso inferior de la quebrada:

- Una gran acumulación de arena eólica o duna, situada casi en la desembocadura en el mar, y a la cual la quebrada debe su nombre.
- Una vertiente importante al pie del acantilado que seguramente proporcionaba el agua de bebida a la gente que vivía en la costa y subía a pintar a la quebrada.



Costa de Taltal.

Las pinturas rupestre de El Médano, Taltal

El norte de Chile guarda valiosos tesoros testimoniales de la presencia humana en épocas pretéritas. En la costa de Taltal (II Región), a unos 90 km al norte de ese puerto, desciende desde la cordillera de la costa, desde el cerro Parañave o Parañal (2.664 m sobre el nivel del mar), una de las tantas quebradas que dividen el pronunciado talud de estas serranías, entre Taltal y Antofagasta. Se trata de la Quebrada de EL Médano, en cuya llegada a la plataforma costera se encuentra una vertiente de agua dulce de importancia local y una duna grande, responsable del topónimo (Médano significa precisamente cordón de arenas de altura variable acumuladas por el viento). A lo largo de unos 5 km del curso medio superior, entre 1300 a 1700 m sobre el nivel del mar, se impregna el ambiente de misteriosas escenas pintadas en las rocas de las paredes de la quebrada, sobre la contrahuella de los escalones

Quebrada de El Médano.



La pintura, preparación y aplicación

Creemos que lo más posible es que la aplicación de este pigmento rojo hematita, haya sido hecha simplemente como una suspensión acuosa. La técnica empleada debe haber sido muy simple: se molió mineral de origen el que en general es fácilmente deleznable, se mezcló con agua formando una suspensión relativamente espesa y se aplicó rápidamente a la superficie a pintar o decorar. Es muy probable que la superficie donde se aplicó estaba previamente humedecido. Los elementos para aplicar la pintura fueron probablemente los dedos o manojos de pelos en forma de hisopos o pinceles.

Debe destacarse que la hematita es un pigmento de intenso color rojo sangre, químicamente muy estable, de modo que no experimenta cambios en el tiempo. Si su uso estaba extendido en las pinturas paleolíticas (Altamira, Lascaux) Usualmente estos pigmentos se guardaban en receptáculos de hueso o piedra ahuecadas. El encuentro de estos elementos daría considerable soporte a nuestro punto de vista.



con que la vaguada (la parte más honda del valle por donde van las aguas) suele descender en nivel o sobre la roca toda –paredes y fondo– que constituyen un gran rápido. Allí se abre un inmenso santuario de arte votivo en pro de la buena pesca y sobre todo de la caza feliz de grandes animales marinos y de guanacos, situándose por encima del límite o techo de la camanchaca (neblina costera) y de la vegetación.

Los indígenas (changos) expresaron, con técnica de pintura llana en tintes exclusivamente rojos, escenas de arponeo y de arrastre de los animales marinos desde balsas de cuero de lobo tripulados por uno, dos y excepcionalmente tres personas. Los animales se ven de perfil con la cola en un plano vertical.

Las especies discernibles, aparte de una multitud de peces imposibles de identificar, son cetáceos, especialmente el calderón negro, el cachalote y la ballena; el lobo de mar, el pez espada o albacora; el pez martillo y la tortuga. Una de ellas representa a la tortuga laúd (*Dermochelys coriacea*), propia de los océanos tropicales y visitante ocasional de las costas de América.



Esta escena de captura de una tortuga destaca entre las pinturas rojas de Quebrada El Médano.



Caza y arrastre de un cachalote (*Physeter catodon*) con tres largos cables, también fabricados con cuero de lobo, en uno de los tantos murales de El Médano.



Grabado de Balsa o bote de
pelo de foca inflable, Cobija.
En Voyage dans L'Amérique
Mériidionale, de A. D'Orbygny
y E. Larralle, realizado entre
los años 1834 y 1847.

Los pescadores y sus balsas



La balsa y sus tripulantes son extraordinariamente pequeños, a veces irreconocibles al lado del animal. Impera en esto la misma idea primaria de resaltar al animal y minimizar a su lado al hombre y su obra, en este caso la balsa.

Esto mismo se advierte en otro aspecto de las pinturas de El Médano. Se refiere a las escenas de caza del guanaco. Un arquero enfrenta a la tropilla que descende por la quebrada. El hombre apenas se advierte al lado del tamaño de los animales. Los camélidos aparecen flechados en el pecho.

Lo curioso en el caso del arponeo de cetáceos es que casi siempre la cuerda unida a la embarcación arranca de un punto detrás de la aleta dorsal que es como su talón de Aquiles. Un viajero de la colonia temprana, como fue el sacerdote Antonio Vásquez de Espinosa,

nos relata una forma muy fiel en qué consistía la caza de cetáceos entre los pueblos costeros del norte, entre los changos. Nos cuenta con las siguientes palabras:

“Los indios de esta costa se visten de cueros de lobos marinos, y de ellos hazen sus barcas, o balsas sobre dos cueros llenos de viento, en que salen la mar afuera a pescar porque en aquella costa se haze granidísima pesca de congrios, tollos, lisas, dorados, armados vagres, jureles, atunes, pulpos y otros muchos géneros de pescados, que salpresan, y del se lleuan grandes recuas de carneros a Potosí, Chuquisaca, Lipés, y a todas aquellas provincias de la tierra arriba, porque es el trato principal de aquella tierra, con que an enriquecido muchos.”

“Todos los indios de esta Costa, demás del sustento referido, que tienen de marisco, su principal comida



Desde una balsa de cuero de lobo se da caza a un pez o cetáceo. La relación bote-presa u hombre-presa aparece siempre alterada.

y bebida, es azeite de vallena, para lo cual matan muchas de que ay cantidad en aquella costa; el modo de pescarlas, o matarlas, es curioso, y sagas. Ay en aquella provincia cantidad de cobre, del qual bazen unas puas, o Garrochuelas menores, que garrochones, estos los ponen en unas basta pequeñas de tal suerte dispuestas, y atadas con un latigo de cuero de lobo a la muñeca, van a tirar a las vallenas: las quales de ordinario en aquella costa duermen de medio dia para arriba, dos, o tres oras con gran reposo y profundo sueño, sobre aguadas, y con una ala pequeña, que tienen sobre el coracon se cubren la caueca para dormir por el sol. Entonces que la asechado el indio quando duerme, en que esta diestro, llega en su valsilla de lobo, en que va para valerse de ella sin que la pueda perder, y se llega donde la vallena duerme: y le da un arponaso deuaxo del ala, donde tiene el coracon, y instantáneamente se dexa caer al

agua, por escaparse del golpe de vallena; que en viéndose herida se embrabece dando grandes bramidos, y golpes en el agua, que la arroja muy alta con la furia, y colera que le causa el dolor, y luego tira bramando hazia la mar, hasta que se siente cansada, y mortal; en el interin el indio buelue a cobrar su valsilla, y se viene a tierra a ojear y atalayar adonde viene a morir a la costa, y así están en sentinela, hasta que la ven parar; Adonde va luego toda aquella parcialidad, y parentela, que a estado con cuidado a la mirar, juntos todos con los amigos, y vezinos para el conuite, la abren por un costado, donde estan comiendo unos dentro y otros fuera 6, ya a ocho dias hasta que de hedor no pueden estar allí, en este tiempo hinchen todas sus vasijas (que las mas son de tripas de lobo marino) de lonjas de la vallena, que con el calor del solar, se derriten, y conuierten en azeite, el qual azeite es su bebida ordinaria; estas botas o tripas de lobo son algunas tan grandes que cabe en cada una largamente una arroba de azeite, y como los indios andan de ordinario en esta comida de su vallena dentro de ella, y se untan con aquella gracia, traen los cauellos rubios como el oro, o candelas, y como andan tostados del rigor del solar, que ay en aquella calida región, es mucho de ver sus figuras, y acataduras negras y los cauellos rubios”.

Otro tema, aparte de las escenas de interacción de hombres y animales, está constituido por ciertos elementos pintados que pueden interpretarse como chinguillos de cestería; pero hay otros, de forma triangular que aún carecen de interpretación cierta. Aparecen aisladas o asociadas dos o tres. Se ha sugerido, con cierta probabilidad, que sea la aleta dorsal del tiburón.

Se trata, pues, de un arte naturalista que reproduce en pinturas rojas, escenas de caza marina desde la balsa de cueros de lobo y de caza terrestres de guanacos con enfrentamiento de arqueros.



Entre todos los camélidos que viven en el norte, el guanaco (*Lama guanicoe*) es el único que recorre desde orilla del mar a cordillera en busca de aguadas y pasto. De los ejemplares que aquí aparecen, varios tienen clavada en su pecho una flecha.

Los instrumentos menores del pescador-cazador del mar

El más primario de estos instrumentos ha sido el anzuelo circular de concha. Lo encontramos en pleno desarrollo en las sociedades prehistóricas en el norte de Chile con fechas alrededor del 6.000 A.P. Conjuntamente con él aparece el anzuelo compuesto que, como su nombre lo indica se compone de una pesa fusiforme de hueso y de un gancho o barba, sea de hueso o de concha. También en esta primera parte del desarrollo se encuentran "poteras" de espinas de cactus que se disponen simétricamente alrededor de una pieza fusiforme también de hueso. Son instrumentos atados al extremo de una cuerda que se usan para pescar al boleó en los cardúmenes. Simultáneamente con el anzuelo de concha se usó el anzuelo de espinas de cactus amarrado con una cuerda. Para su fabricación se usaba dicha espina de cactus doblada generalmente al fuego, lo que más se parece al anzuelo metálico actual con su sedal. Otros elementos empleados fueron: hojas de sílex "taltaliana" utilizadas como cuchillos en su uso ordinario, piedras horadadas posiblemente usadas como pesas de redes, arpones para peces, barbas o ganchos de arpones de hueso, chinguillos para jaibas o camarones, redes de cuerdas.



Anzuelos de espinas de cactus y cabezales de arpones utilizados por los pescadores prehistóricos de Tal Tal.

La fauna que rodeaba al hombre prehistórico acaparaba en alto grado el interés del artista; por eso no es sorprendente que un gran porcentaje de las figuras que aparecen en el arte rupestre son representaciones de animales.

Para los pueblos cazadores, la supervivencia dependía del éxito de la caza, tal como era importante la pesca para los pueblos pescadores.

Los ganaderos concentraban sus esfuerzos en los animales domésticos y los agricultores en las plantas cultivadas, aunque las representaciones de ellas son escasas y vagas; por lo menos, así nos parece a nosotros que probablemente no somos capaces de reconocer e identificarlas a través de las representaciones, u –otra posibilidad- es que hayan sido sustituidas por símbolos, que quizás tengan que ver con un culto de fertilidad o de muerte –resurrección. Pero éstas son suposiciones que, hasta ahora, por lo menos, así nos parece a nosotros que probablemente no somos capaces de reconocer e identificarlas a través de las representaciones, u –otra posibilidad- es que hayan sido sustituidas por símbolos, que quizás tengan que ver con un culto de fertilidad o de muerte –resurrección. Pero éstas son suposiciones que, hasta ahora, por lo menos, no se pueden verificar.

Dentro de las representaciones de carnívoros, resulta –en general- difícil distinguir entre las figuras de perros y zorros. En la quebrada de El Médano se encuentra más o menos nítidamente a este animal, habitante típico de esos parajes. Los peces y cetáceos, sin embargo, conforman la gran riqueza de estas pinturas. En El Médano existen numerosas representaciones pintadas en forma seminatural o esquemática, donde se aprecian escenas de pesca desde pequeñas embarcaciones con proa y popa levantadas, casi con seguridad balsas de cuero de lobo marino tripuladas generalmente por una pareja de changos. Una o varias líneas conectan las minúsculas barcas con enormes peces o cetáceos, pintados de rojo de cuerpo lleno. De todos los peces que hoy es posible capturar en la

costa del sector, sólo el congrio colorado (*Genypterus chilensis*), los “cascajos” de roca y ciertas cabrillas (*Helicolenus lengerichi*) tienen parte del cuerpo de color rojo o anaranjado-rojizo.

Dadas las inverosímiles desproporciones de tamaño entre las embarcaciones y los peces o cetáceos, es de suponer que se trata de una relación simbólica que pretende ante todo llamar la atención al gran éxito obtenido en la faena, puesto que la captura de uno o varios del volumen que se indica hubiese significado el naufragio de los pescadores.

Cuando se trataba de peces o mamíferos marinos grandes, los pescadores prehistóricos debían probablemente esperar hasta que se vararan en la playa. Representaciones de escenas de pesca y de peces menos espectaculares se encuentran también en los petroglifos de diferentes sitios entre la I y IV Región (al norte de Caldera; en el ex puerto minero de Gatico, al norte de Antofagasta, en Panul, en la costa de Coquimbo)

En cuanto a objetos aislados que claramente no son animales, vegetales, escenas de pesca, sacrificios o rastros, por lo general no se representan en el arte parietal chileno, salvo rarísimas excepciones.

Casi siempre están en relación con las personas que integran una escena de caza, de pesca, de interacción de hombres con animales domésticos, o ritualística. Así, en las cacerías representadas en la Sierra de Arica, está en uso la boleadora, el arco, el escudo y el venablo, y hay también lazos y la honda. En las pinturas de El Médano y en relación con la embarcación tripulada, se reconocen cuerdas que a juzgar por hallazgos arqueológicos en la costa del Norte Grande, corresponden a largas correas recortadas de la piel del lobo marino. Cestos o chinguillos para faenas de pesca también aparecen en El Médano.

Como los cazadores de tierra usaban flechas para cazar los guanacos, éstos muchas veces presentan tales puntas clavadas en su pecho.

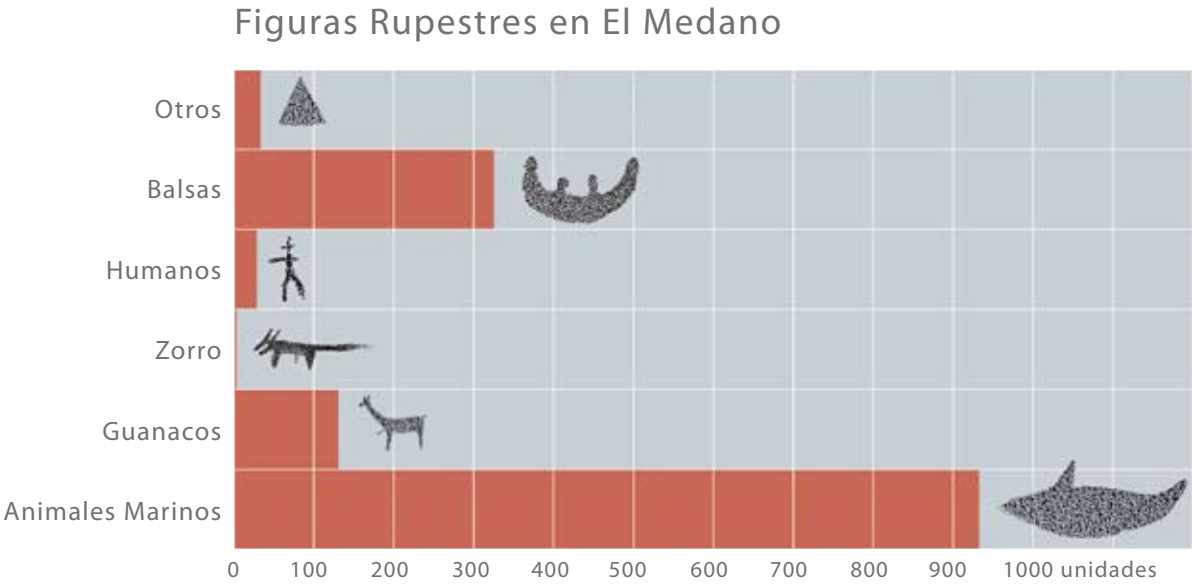
Sobre una Balsa de Cuero de Lobo

En una excursión que hiciera el año 1958 a la Provincia de Atacama en compañía del Director del Museo Arqueológico de La Serena, en esa época don Jorge Iribarren Charlin, conocí en Caleta Chañaral de Aceitunas a1 único hombre que, a1 parecer, conserva la tradición en el litoral chileno de cómo hacer las balsas de cuero de lobo marino inflados. En marzo de 1965 tomé contacto nuevamente con Alvarez y le propuse me hiciera una balsa. La terminó en junio de se mismo año. Sólo pude viajar a Chañaral de Aceitunas en Julio, en compañía de mi amigo el Dr. Virgilio Schiappacasse. Recién llegados hicimos la primera demostración de navegación.

Alvarez navegó primero, situándose de rodillas sobre la parte de la proa, en la que colocó la blandura de un saco (antes era un cuero de lobos, nos explicó). En esta posición maniobra con el remo de dos paletas. Se quejó de que el remo le había quedado un poco corto y resultaba un tanto incómodo su manejo. Después nos embarcó sucesivamente a cada uno de nosotros. Con el nuevo peso, la línea de flotación casi no sufrió modificaciones, manteniéndose siempre muy baja. De cuando en cuando Alvarez desenrollaba la copuna (una tripa de lobo que hace de conductor del aire) que va en la proa de cada flotador e insuflaba con la boca restaurando las pequeñas pérdidas por



Histograma de frecuencia de las figuras rupestre en El Médano, según el registro de campo de Hans Niemeyer.



Prehistoria

La prehistoria chilena, igual a la andina, de la cual forma parte, se divide en un período preagroalfarero, o arcaico, y otro período agroalfarero, que se inicia en el Norte Grande, alrededor de 800 años antes de Cristo, disminuyendo su edad a medida que se avanza hacia el sur hasta llegar a ser inexistente en la Patagonia, donde los indígenas seguían en su estado de cazadores y pescadores hasta el pasado reciente.

Con excepción de la Patagonia, no se reconoce en Chile ningún sitio con arte rupestre del cual se pudiese afirmar con seguridad que pertenezca al período preagroalfarero, es decir, anterior a la introducción de la agricultura, ganadería, cerámica, tejidos de telar u otras industrias asociadas. Las balsas de cuero de lobo que se producen en las escenas de pesca en El Médano, empiezan a utilizarse con el desarrollo de la Cultura de Arica (siglos X-XV después de Cristo), de tal forma que las pinturas cuentan aproximadamente con una edad de 500 a mil años a la fecha.



Alfarería de período agroalfarero de San Pedro de Atacama, encontrada en los cementerios de pescadores prehistóricos de la zona de Tal Tal.

Para saber más

Niemeyer, H. 1965. Una balsa de cueros de lobo de la Caleta de Chañaral de Aceitunas, provincia de Atacama, Chile. *Revista universitaria* 50-51 (2): 257-269.

Núñez, P. & R. Contreras, 2006. El arte rupestre de Taltal, norte de Chile. *Actas V Congreso Chileno de Antropología*, pp. 348-357, Colegio de Antropólogos de Chile, San Felipe.

Las pinturas

Las pinturas



Las pinturas



c1

35







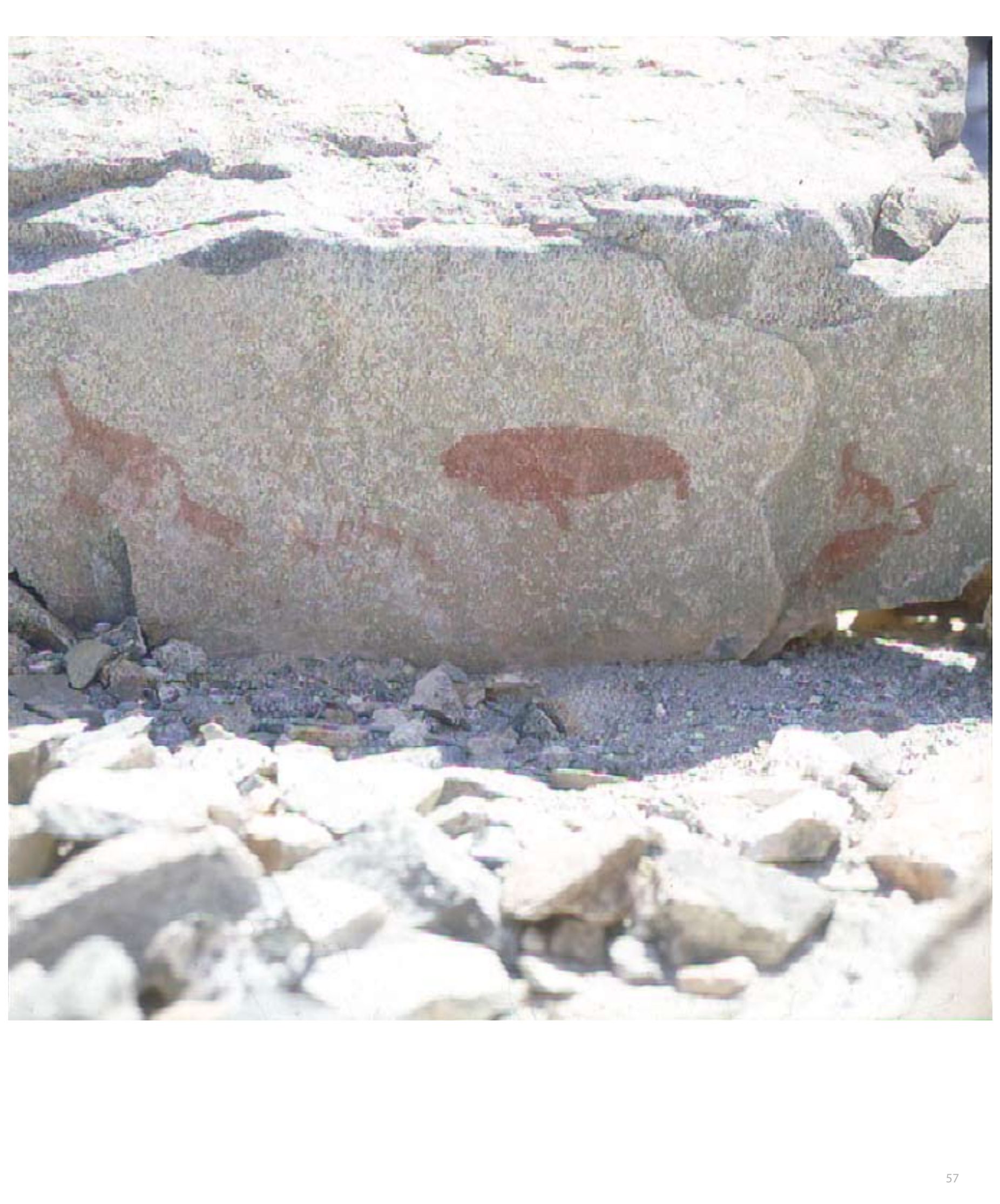
















C2

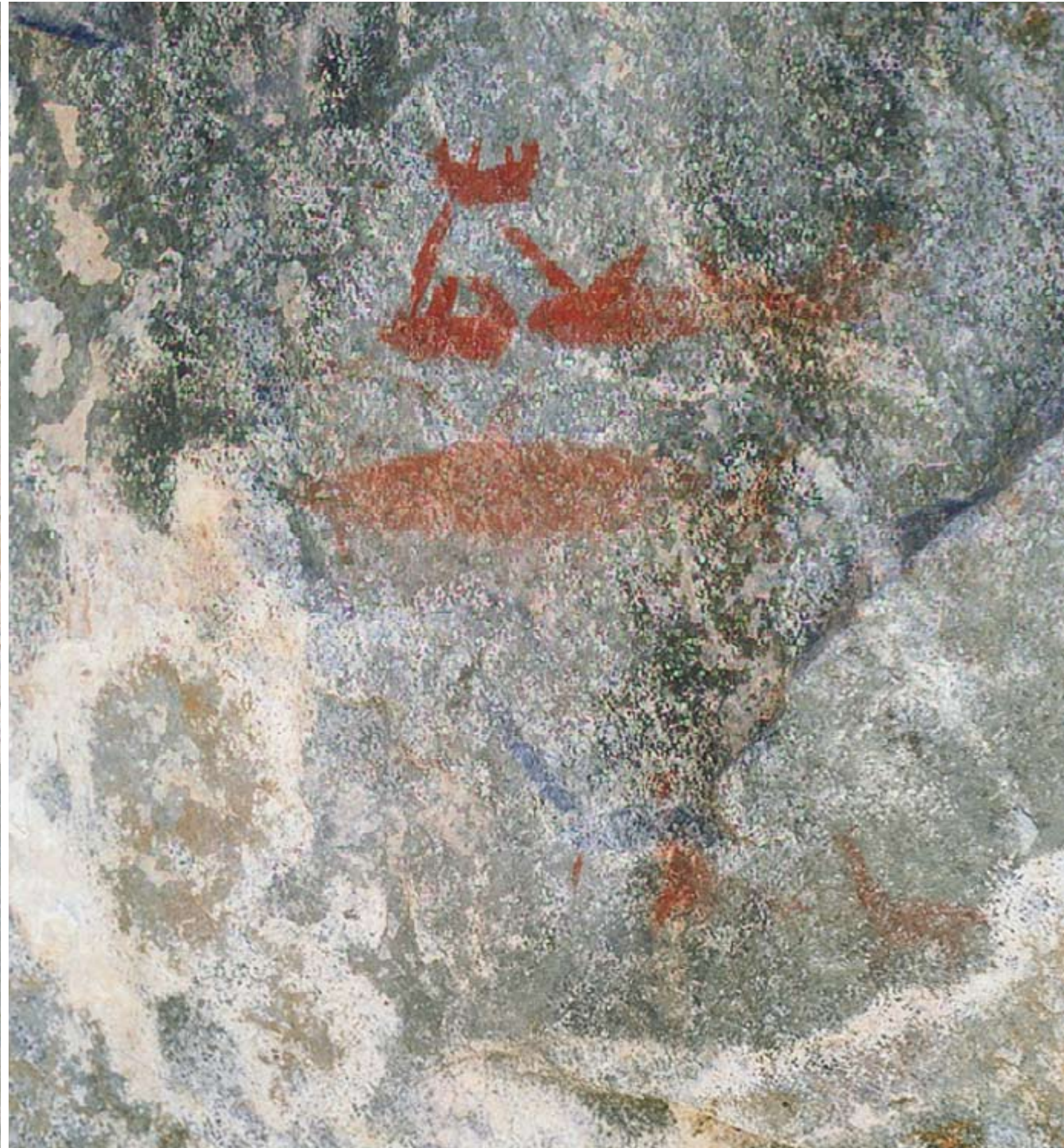














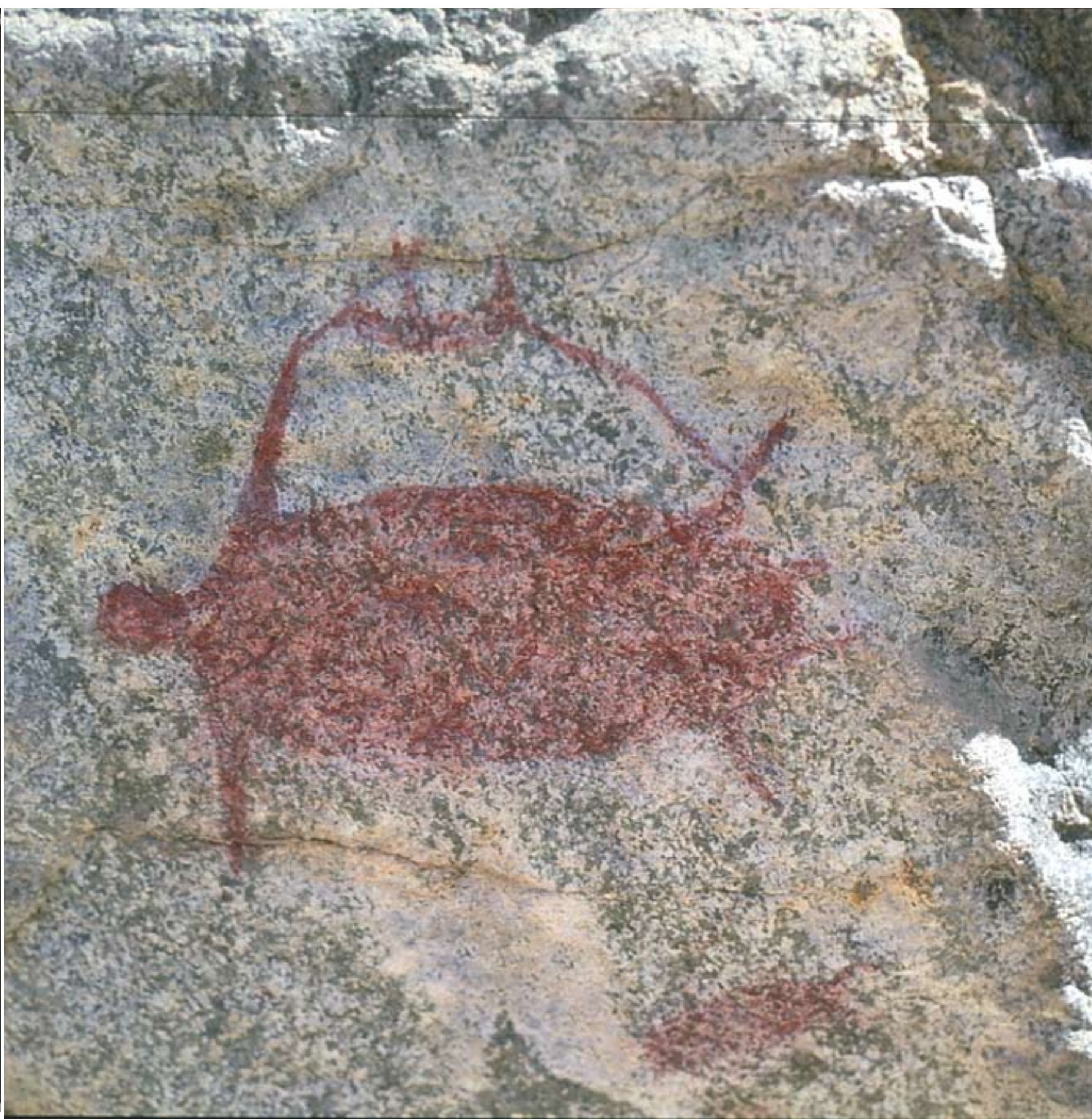
























C3























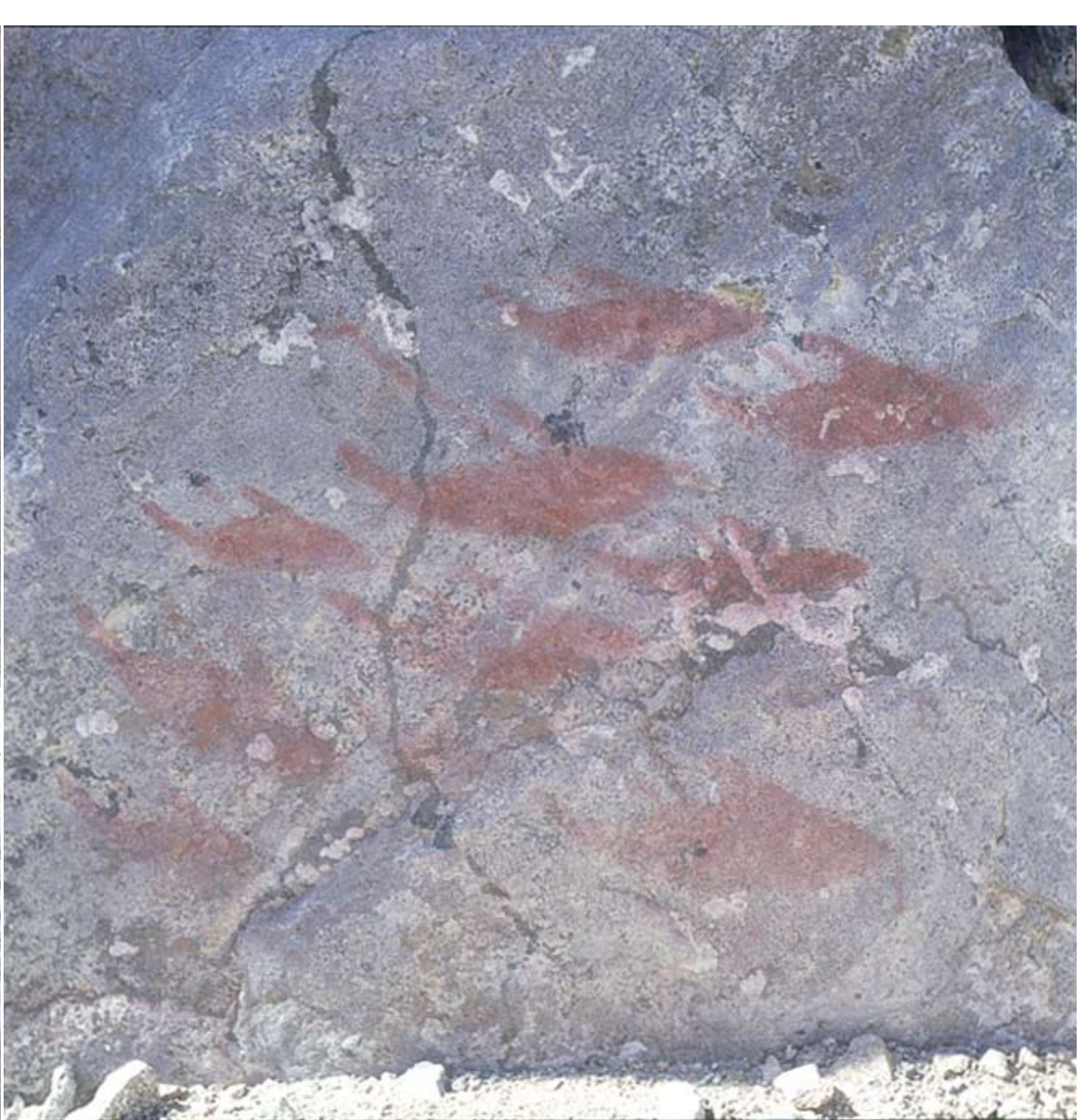


C4



















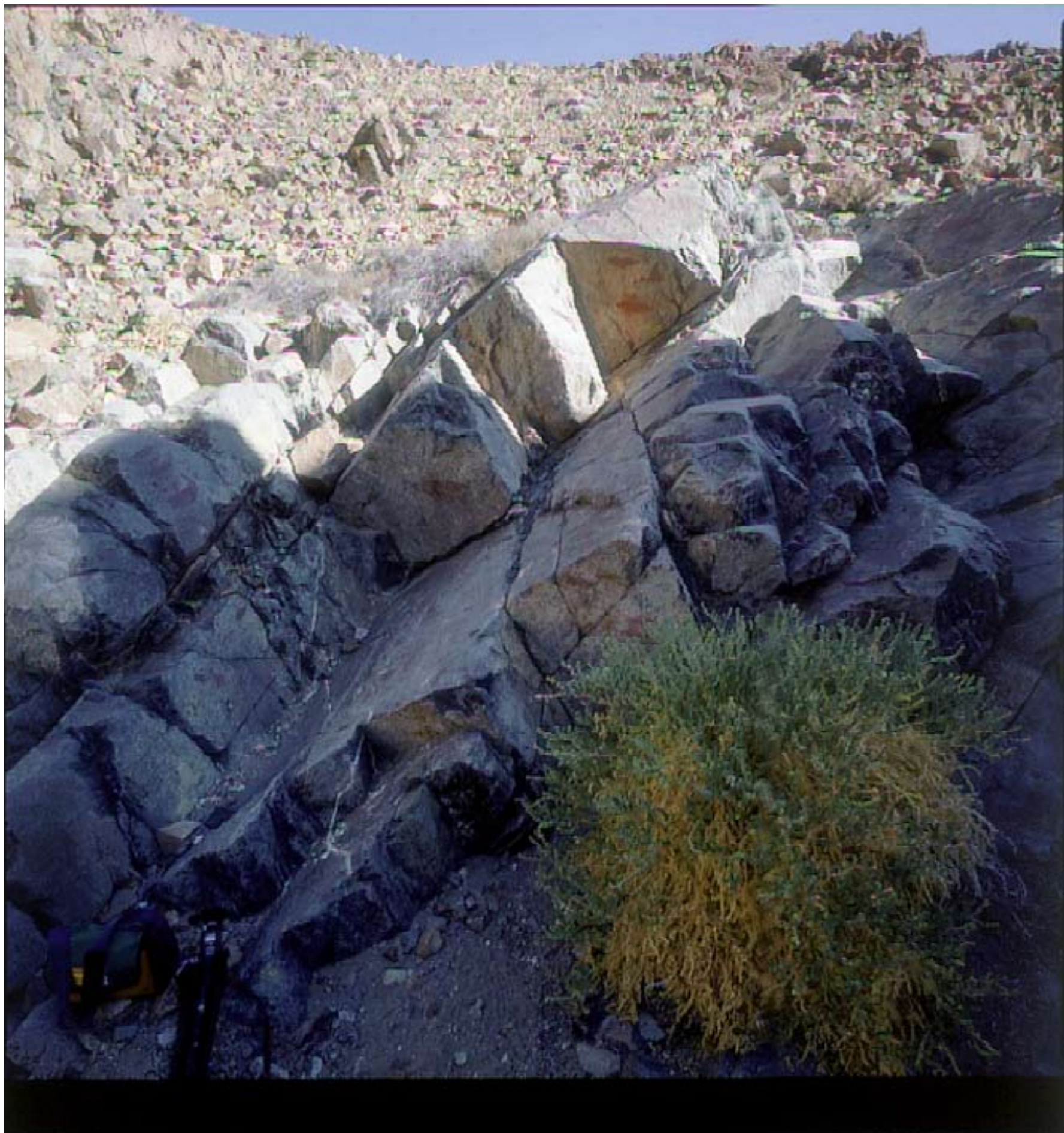






C5

























C6

















C7









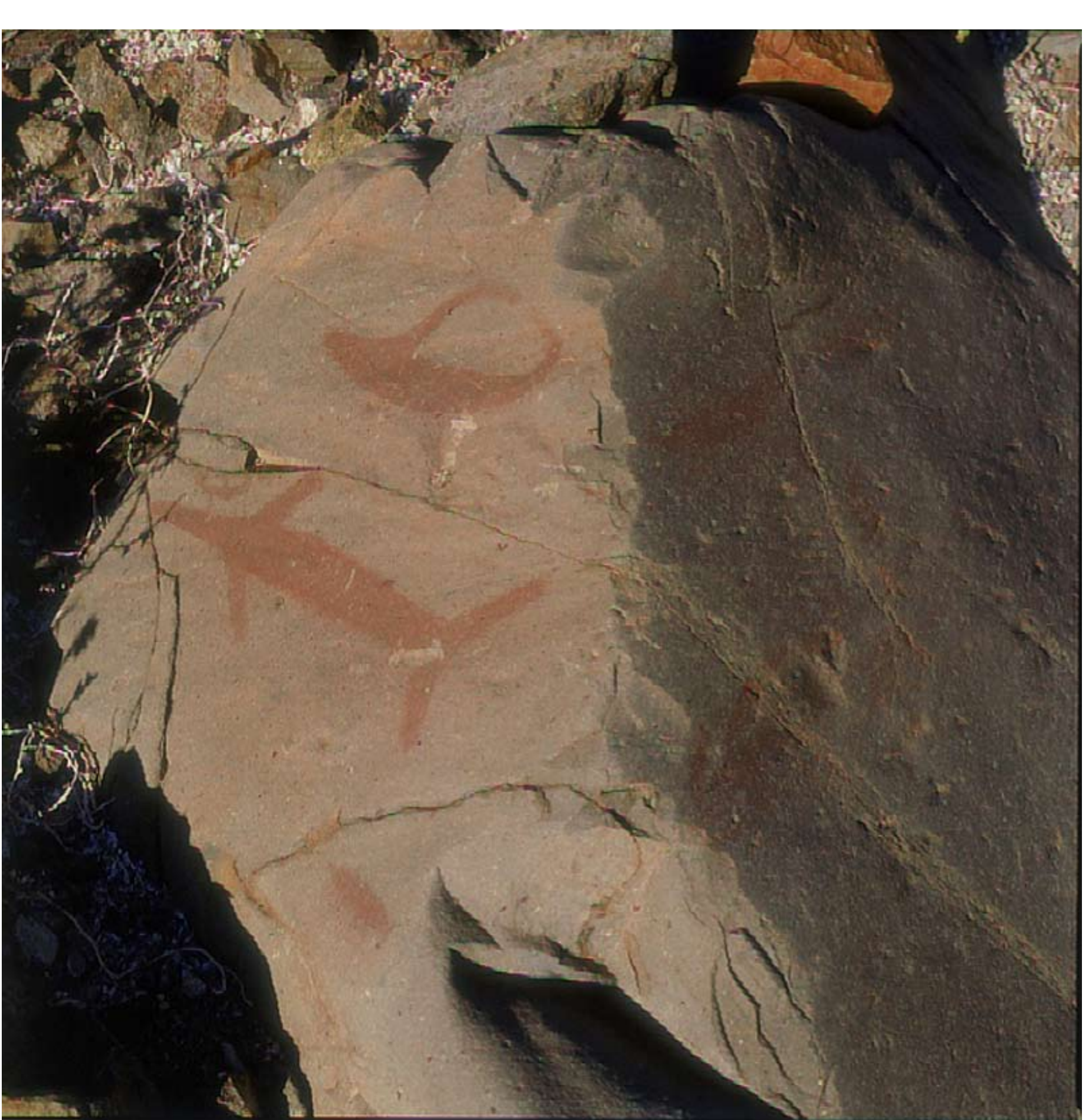






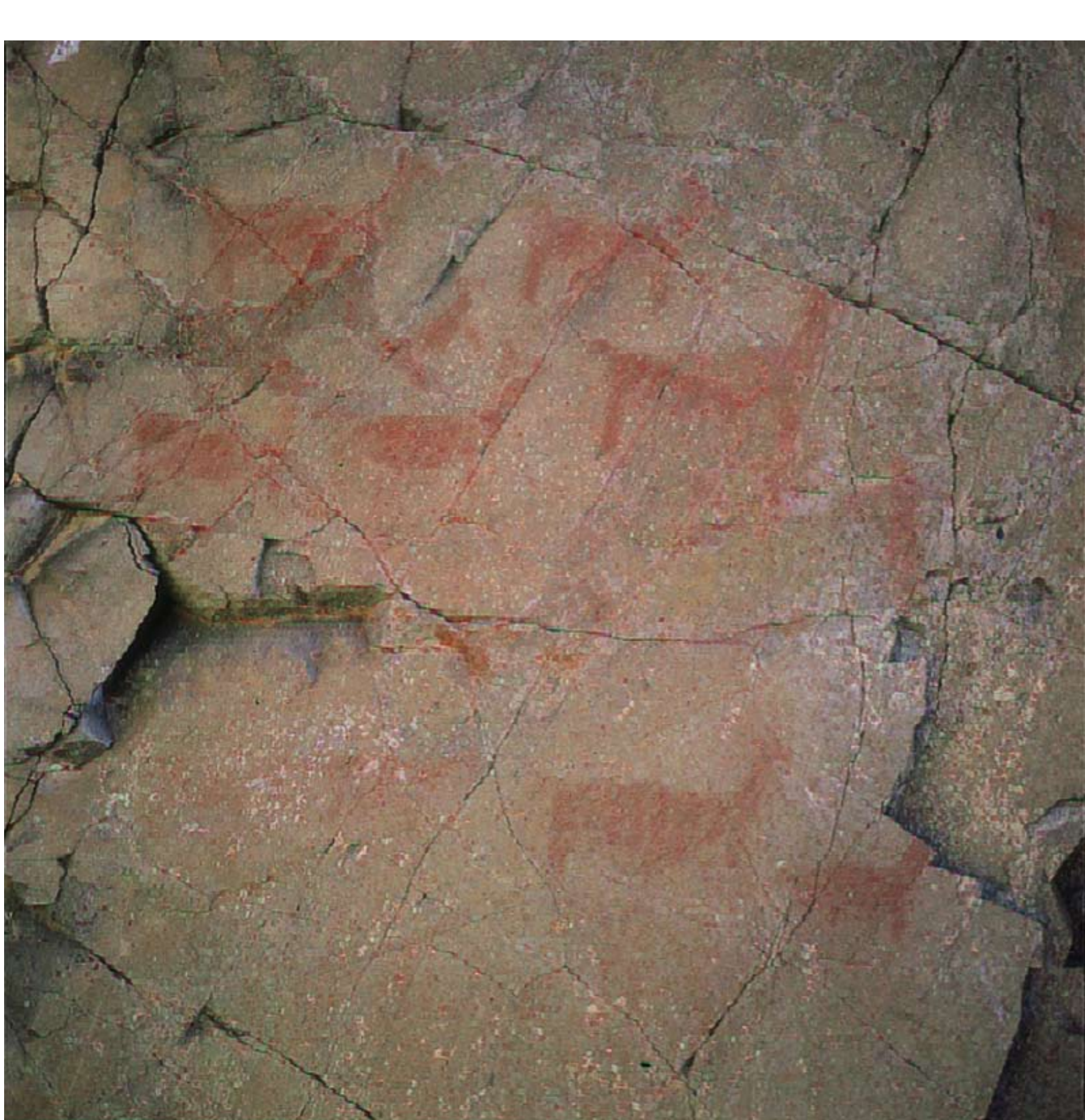












C8

































C9













C10









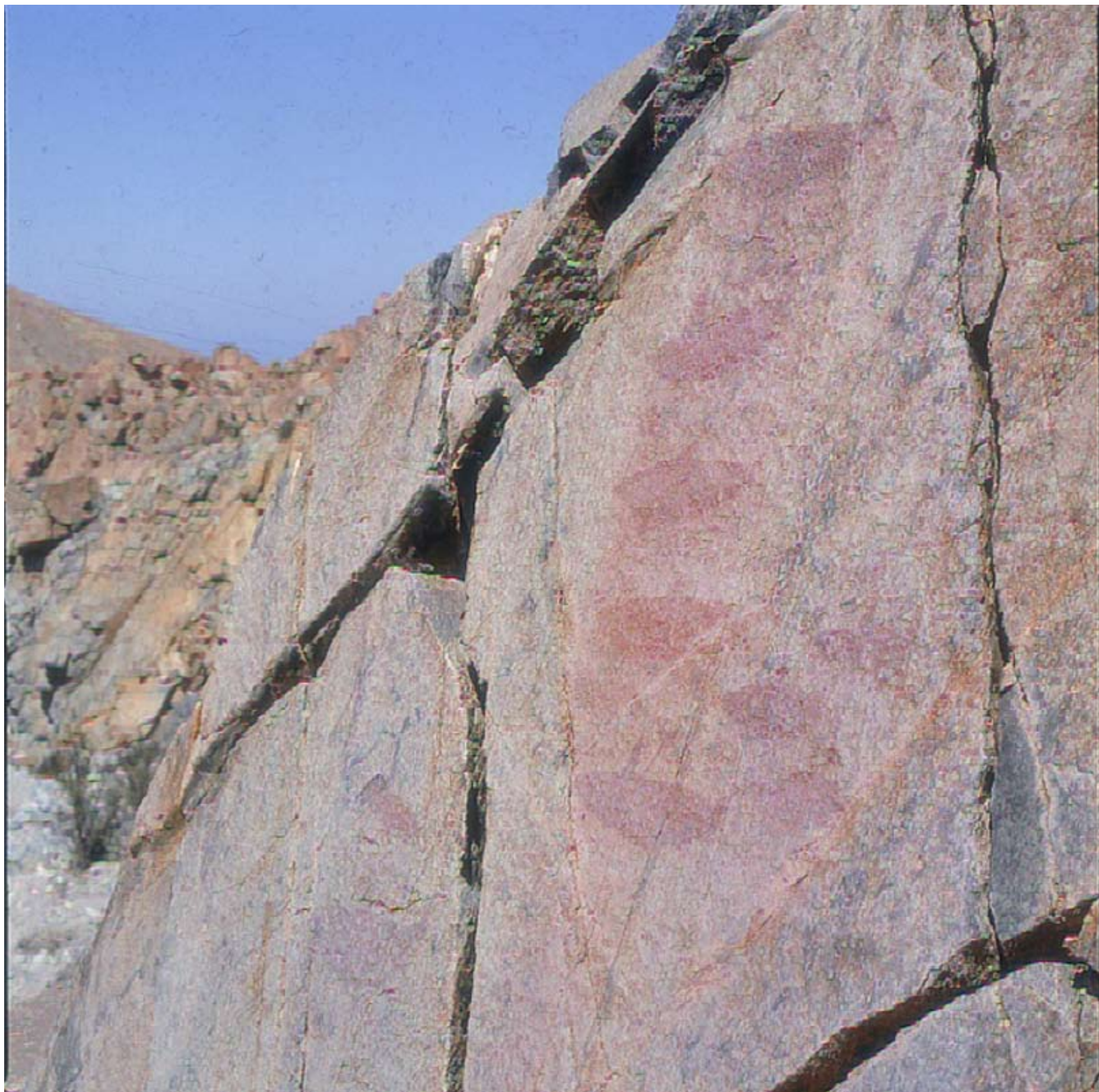




C11









C12



























